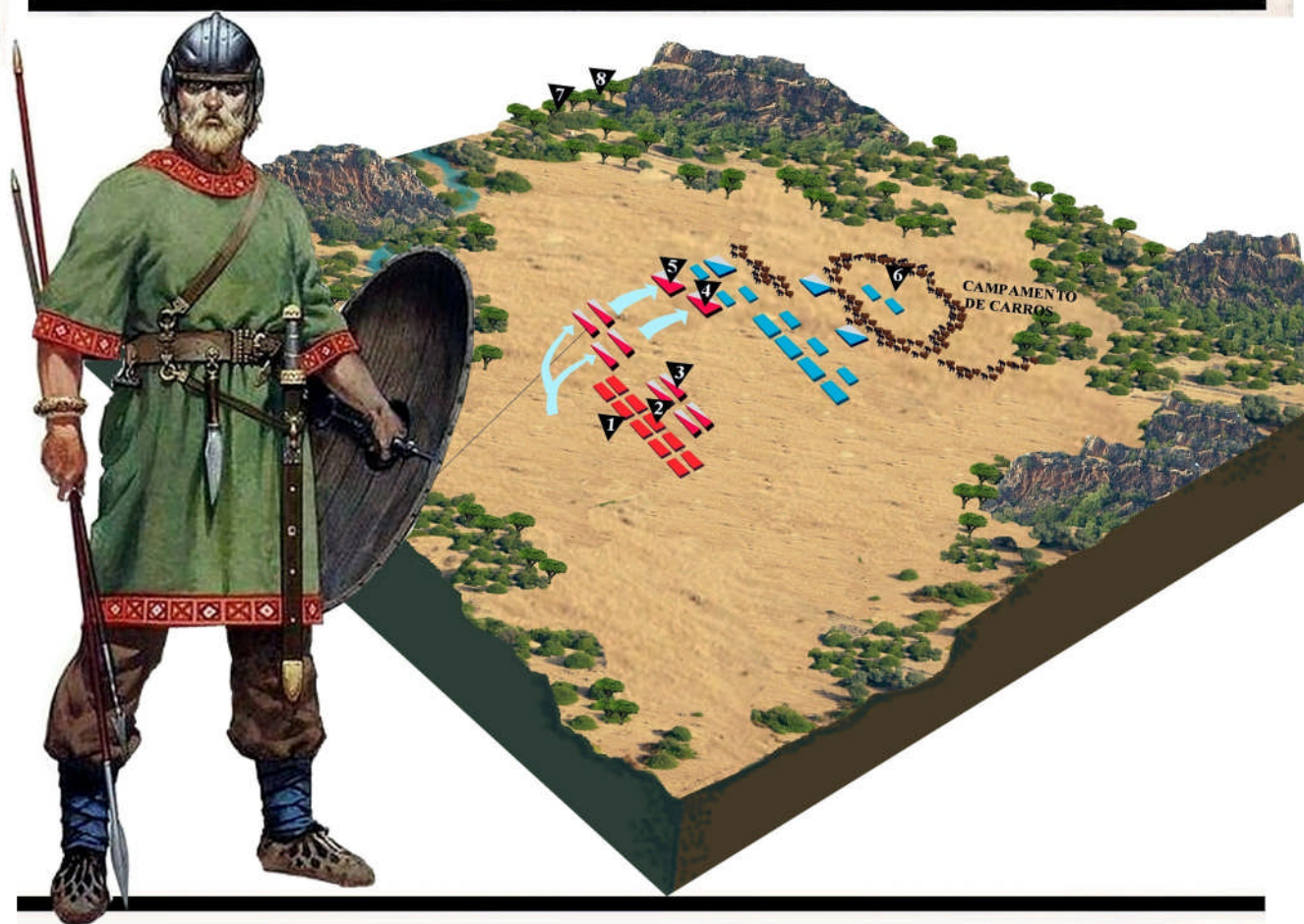


ADRIANÓPOLIS 378 d.C.



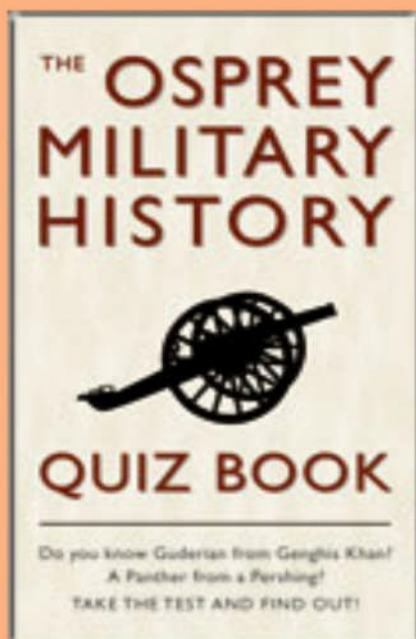
EL COMIENZO DE LA AGONÍA DE ROMA

BATALLAS DE LA HISTORIA 29

ADRIANÓPOLIS 378 D.C.

EL COMIENZO DE LA AGONÍA DE ROMA

Iván Ruiz



ÍNDICE

Introducción	02
Los Godos	05
Antecedentes	08
Tormento en las estepas escitas	10
El peligro en casa: los godos en Tracia	14
Batalla de Los Sauces	20
Fuerzas enfrentadas	27
El ejército Godo	27
Las grandes migraciones	29
El ejército romano del Bajo Imperio	35
los ejércitos	46
Movimientos previos	48
La batalla	54
Después de Adrianópolis	75
El sitio de Adrianópolis	75
Constantinopla	78
Consecuencias	83
El campo de batalla, hoy	84
Edirne	84
Cronología	87

INTRODUCCIÓN

El siglo III había sido rico en desgracias, derrotas, pestes, invasiones, hambrunas y demás sucesos nefastos que habían llevado al imperio romano al borde del abismo. Desde la muerte de Severo Alejandro había nacido una época de hierro que comprometió la existencia misma de Roma. Hubo emperadores muertos en batalla, emperadores capturados, emperadores asesinados en conjuras, usurpaciones continuas, ciudades arruinadas, ejércitos amotinados, el comercio interrumpido, la moneda dramáticamente devaluada. Una pérdida generalizada de confianza se extendió por todos los estratos de la sociedad. Muchos se replantearon la eternidad de Roma. Sólo la energía de los emperadores Ilirios había conseguido reunir los trozos lacerados del imperio Romano y ensamblarlos forjando con ellos una nueva unidad. Asimismo en las guerras exteriores habían conseguido expulsar a los bárbaros que rotas las fronteras estaban saqueando y arruinando los territorios imperiales. Claudio II derrotó a los Godos comenzando con ello la recuperación de limes Danubiano. Aureliano, el restitutor orbis, reconquistó el imperio de Palmira y el imperio de las Galias. El último de estos grandes emperadores, el mayor de ellos, Diocleciano, se dispuso a hacer una reforma a fondo del imperio, consciente de que estaba en tal situación de apuro y penuria que, de seguir así, necesariamente caería en breve.



Con sistemática aplicación se dispuso a reformar todas las áreas del imperio de los Romanos. Su genio radicó en diagnosticar todos los problemas y afrontarlos con las medidas y reformas que a su juicio eran las más pertinentes, dadas las circunstancias en aquellos tiempos concurrentes. Así, el profesor Gonzalo Bravo dice: “Hasta el gobierno de Diocleciano no existió una visión global de los problemas del Imperio... En realidad el significado histórico de la revolución Diocleciana fue precisamente que las diversas reformas administrativas emprendidas constituyeron un revulsivo para la supervivencia del Estado”. En el aspecto militar la característica fundamental de la gran estrategia de Diocleciano es el retorno a fronteras estables y una prepotente seguridad. Se aumentó el número de soldados sensiblemente, pero no hay evidencia de un cuerpo móvil de tropas.



La primera Tetrarquía: Diocleciano y Maximiano como Augustos y, detrás, Galerio y Constancio como Césares.

El 1 de Mayo del 305 ambos Augustos, Diocleciano en Nicomedia y Maximiano en Milán, deponen la púrpura y se retiran a la vida privada. Le suceden Constancio Cloro en Occidente y Galerio en Oriente, como Augustos. Son Césares designados Severo para Occidente y Maximino Daya para Oriente. La Tetrarquía, sin embargo, no se sostuvo sin la autoridad de Diocleciano y tras de una larga serie de guerras civiles en el curso de las cuales llegaron a haber ocho emperadores, triunfó completamente Constantino de sus enemigos. Este emperador, que revolvió unos fundamentos sabiamente establecidos, reformó el ejército totalmente.

Legalizador de la religión cristiana por el Edicto de Milán en 313, Constantino es conocido también por haber refundado la ciudad de Bizancio (actual Estambul, en Turquía), llamándola «Nueva Roma» o Constantinopla. Convocó el Primer Concilio de Nicea en 325, que otorgó legitimidad legal al cristianismo en el Imperio romano por primera vez. Se considera que esto fue esencial para la expansión de esta religión, y los historiadores, desde Lactancio y Eusebio de Cesarea hasta nuestros días, le presentan como el primer emperador cristiano, si bien fue bautizado cuando ya se encontraba en su lecho de muerte, tras un largo catecumenado.

Su conversión, de acuerdo con las fuentes oficiales cristianas, fue el resultado inmediato de un presagio antes de su victoria en la batalla del Puente Milvio, el 28 de octubre de 312. Tras esta visión, Constantino instituyó un nuevo estandarte para marchar a la batalla al que llamaría Lábaro. La visión de Constantino se produjo en dos partes: En primer lugar, mientras marchaba con sus soldados vio la forma de una cruz frente al Sol. Tras esto, tuvo un sueño en el que se le ordenaba poner un nuevo símbolo en su estandarte, ya que vio una cruz con la inscripción «In hoc signo vinces» («Con este signo vencerás»). Mandándolo pintar de inmediato en los escudos de su ejército, venció a Majencio. Se dice que tras estas visiones y por el resultado militar de la batalla del Puente Milvio, Constantino se convirtió de inmediato al cristianismo.



Sueño de Constantino y batalla de Milvio.

Además de haber sido llamado honoríficamente «El Grande» por los historiadores cristianos tras su muerte, Constantino podía presumir de dicho título por sus éxitos militares. No sólo reunificó el imperio bajo un solo emperador, sino que obtuvo importantes victorias sobre los francos y los alamanes (306-308), de nuevo sobre los francos (313-314), los visigodos en 332 y sobre los sármatas en 334. De hecho, sobre 336, Constantino había recuperado la mayor parte de la provincia de Dacia, perdida durante largo tiempo y que Aureliano se había visto forzado a abandonar en 271. Al morir Constantino, planeaba una gran expedición para poner fin a la rapiña de las provincias del este por parte del Imperio sasánida. Fue sucedido en el Imperio por los tres hijos de su matrimonio con Fausta: Constantino II, Constante y Constancio II, quienes se aseguraron su posición mediante el asesinato de cierto número de partidarios de Constantino. También nombró césares a sus sobrinos Dalmacio y Anibaliano. El proyecto de Constantino de reparto del Imperio era exclusivamente administrativo. El mayor de sus hijos, Constantino II, sería el destinado a mantener a los otros tres supeditados a su voluntad. El último miembro de la dinastía fue su yerno Juliano, quien trató de restaurar el paganismo.



Constantino I el Grande. Este emperador que reinó de 306 a 337 d. C. fue el primero que abrazó el cristianismo y eligió esta religión como la única que debía imponerse sobre todos los habitantes del Imperio Romano.

Los Godos

Por su parte, los godos eran un pueblo en movimiento más que un ejército organizado. Largo era el camino que habían recorrido desde inicios de sus lugares natales. En efecto, se cuenta que en otro tiempo los godos salieron con su rey, llamado Berig, de la isla de Escandia, a la que se puede considerar una fábrica de razas o un vivero de pueblos. Esta Escandia es la actual Suecia, la región meridional de la misma, que en aquellos tiempos se creía una isla. Estos godos desde sus lugares originarios de asiento en el sur de Suecia cruzaron el mar Báltico y desembarcaron en la región septentrional de Polonia, entre el Óder y el Vístula. Con el tiempo fueron trasladándose en busca de nuevas tierras y posibilidades. En el siglo I d. C. se situaban en el bajo Vístula, pues Tácito ahí los sitúa, así como Plinio el Viejo.

Poco a poco fueron viajando por la Escitia hasta alcanzar finalmente la tierra en que tomaron asiento por mucho tiempo: la Dacia. Desde ahí, en el siglo III d. C., comenzaron a hacer incursiones, cruzando el Danubio, que fueron muy virulentas contra el imperio de los romanos, por tierra e incluso por mar, ya que, haciéndose a la mar, saquearon primero las colonias en el Ponto Euxino y después, cruzando el Bósforo, saquearon las ricas y milenarias ciudades de ambas orillas del Egeo.

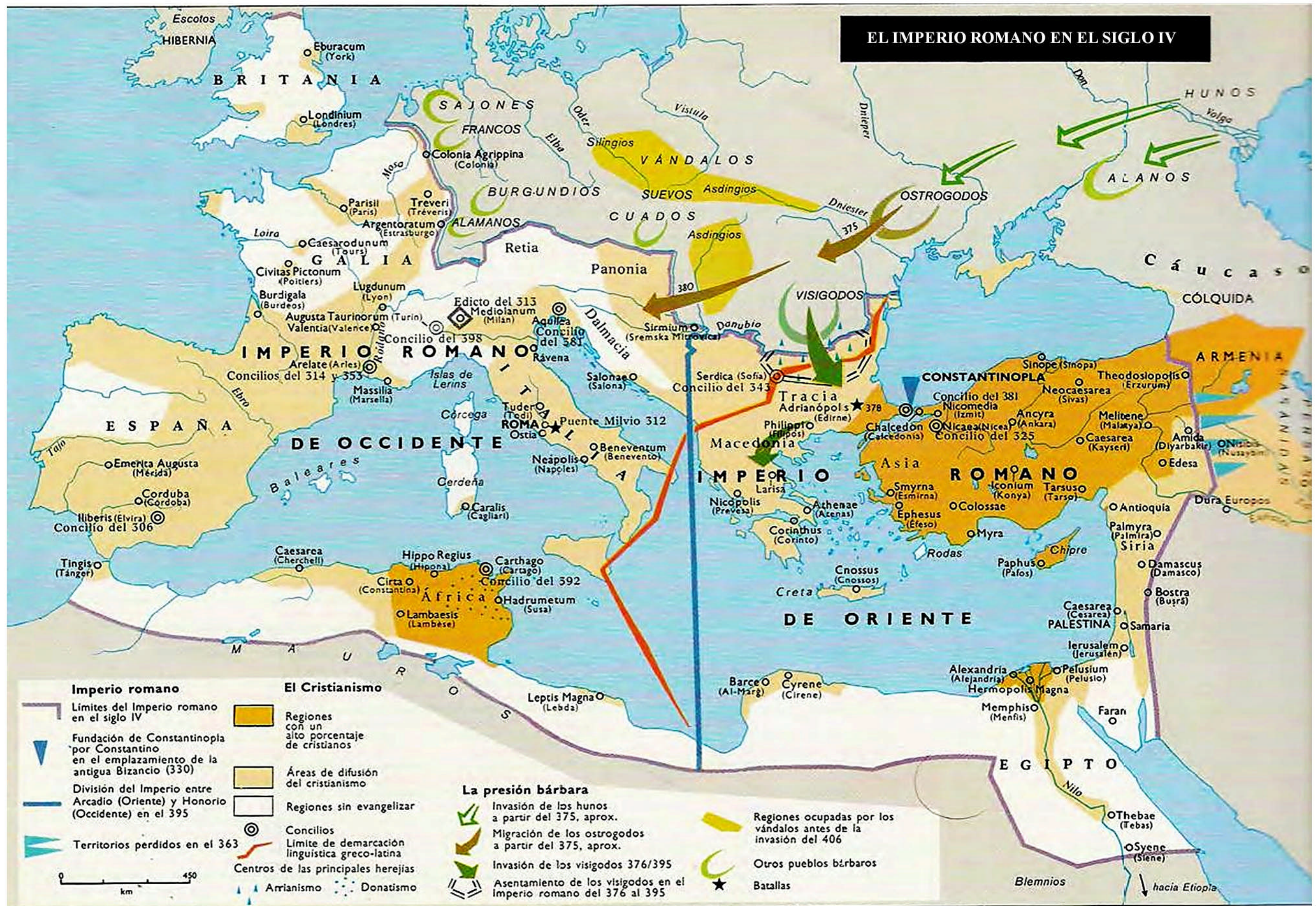
Los romanos, por su parte, veían a estos godos como bárbaros escitas. Y con razón. Eran de raza germánica, perteneciente al grupo étnico indoeuropeo en su rama germánica. Pero, como se habían habituado a las costumbres escitas en el bajo Danubio, los romanos no los entendían como germanos (a los que situaban en el Rin), sino como nómadas escitas. Una tribu más entre tantas otras que habitaban aquellas inmensas planicies que eran regadas por el Dniéper, el Dniéster y el Don, y que se extendían más allá, hacia las tierras más profundas e ignotas en el Septentrión.



Finalmente, en el siglo IV d. C., por la acción contundente de los emperadores ilirios pudieron restaurarse las fronteras y contener a los bárbaros en sus lugares de origen. Constantino los venció en el año 332 d. C. firmando con ellos un foedus en cuya virtud se comprometían a aportar 40.000 soldados a Roma y ésta a cambio pagaba a los godos una suerte de subsidio, que, según las fuentes, constaba de dinero y vituallas.

Así, con buen entendimiento garantizado por pacto, transcurrieron las cosas durante los decenios siguientes, esto es, bajo los sucesores de Constantino. Hasta que una serie de acontecimientos sucedidos con mortal rapidez desencadenó una avalancha de pueblos que reventó el limes para siempre. Comenzaba el principio del fin.

EL IMPERIO ROMANO EN EL SIGLO IV



ANTECEDENTES

Corría febrero del año 364. El 17 de este mismo mes moría Joviano Augusto, siendo cónsules él mismo y su hijo Varroniano, apenas siete meses de accedido al imperio del mundo, en Dadastana, en la frontera de las provincias de Bitinia y Galatia, por causas no del todo esclarecidas. El ejército romano entonces se reunió en Nicea con el objeto de designar a un nuevo emperador. La elección recayó sobre un tribuno de los escolares llamado Valentiniano, originario de la ciudad de Cibalas, en Panonia.

Una vez llegado a Nicea y asumida la púrpura, tomó la dirección del ejército y marchó a Constantinopla, donde un mes después de electo compartió el imperio con su hermano Valente. La mayoría de los historiadores aducen como justificación de esta decisión los problemas en occidente que obligaban a la presencia personal del emperador, así como el no dejar sin vigilancia la frontera del Éufrates, donde los persas eran más que proclives a dar problemas. Así, Valentiniano partió para occidente, donde los Alamanes habían penetrado en las Galias, y Valente quedó en Constantinopla rigiendo la parte oriental. La novedad de todo ello es que se repartieron todo: hubo dos ejércitos, dos erarios, dos administraciones, dos cortes, dos capitales. Valentiniano se dirigió a frenar a Alamanes, Cuados y Sármatas, y Valente, por su parte, a Godos y Persas.

Las batallas en Occidente se sucedieron, pero con notable éxito fueron todos los invasores repelidos y las defensas fronterizas restituidas y reafirmadas. Califica Ferrill a Valentiniano como hombre de notables cualidades. Cuando murió había cumplido con creces el cometido para el que había sido elegido en Nicea.

Valente era otra cosa. Un hombre mediocre en una época que exigía algo más que mediocridad. Lejos quedaban los tiempos en que el imperio era lo suficientemente fuerte como para soportar la presencia de Augustos mediocres o incluso malos en el gobierno. Valente no soportaba el esfuerzo, era rudo, sin formación civil ni militar y proclive a la crueldad, no habiendo atendido al consejo de que quienes gobiernan la tierra han de elegir la justicia.



Valentiniano I

No obstante, también cita Amiano algunas cualidades buenas suyas: era trabajador, combatía con energía la corrupción y estaba preocupado por el bienestar de sus ciudadanos (por lo que en principio rebajó los impuestos y construyó obras públicas muy útiles, como el acueducto que lleva su nombre en Constantinopla). Las buenas cualidades, empero, no servían para compensar las malas. Además, en vez de hacer como su hermano y no entrometerse en religión se dedicó, desde su arrianismo, a perseguir a los seguidores de otras creencias, lo que le hizo rápidamente un emperador muy impopular. Tuvo al poco de ser nombrado problemas en dos frentes: en Persia cuyo Gran Rey apetecía la Armenia y seguía una política agresiva; y en el limes Danubiano con los Godos. La razón fue simple: un pariente de Juliano, Procopio, se sublevó en Tracia, tomó la púrpura, acopió tropas, recibió 3.000 soldados Godos y marchó contra Valente. No obstante, fue traicionado por los suyos, entregado y decapitado inmediatamente.

Extinta la rebelión, Valente dirigió su mirada a los godos, a quienes culpó de apoyar a un usurpador. Los bárbaros se justificaron mostrando una carta en la que les era solicitada ayuda, en cumplimiento del tratado firmado con Constantino, al que nos hemos referido antes. Sin embargo, Valente no se conformó. Intentada sin éxito esta excusa por mediación del general Víctor, el Augusto Romano preparó la campaña contra ellos. Zósimo, por su parte, aduce como motivo de la reanudación de las hostilidades que Valente había confinado a los mercenarios godos en diversas ciudades de Tracia y que, solicitada su liberación por los caudillos godos, se había negado. Sea como fuere, los godos al poco supieron que Valente, reunidas sus tropas, marchaba contra ellos.



Solidus de Valente

Mientras el ejército Romano cruzaba por un puente de barcas el Danubio, en la primavera del año 367 d. C., los Godos retrocedían y se retiraban a los montes de Serres, a las que Amiano califica de inaccesibles. Este historiador cita tres años seguidos de campañas contra los Godos, cruzando cada año el Danubio, si bien con poca suerte, ya que los godos no osaban plantear batalla a los romanos. Sin embargo, Temistio, en su Discurso a Valente por la paz, señala que el Augusto expulsó a los godos de su territorio dos veces consecutivas, si bien luego, más adelante, escribe que el emperador llevó a los bárbaros al borde de la extenuación al cabo de tres años. Por tanto, la campaña duró del 367 al 370 d. C. En cualquier caso, los bárbaros pidieron la paz por miedo a la hambruna, por la prolongación de la guerra y por la carencia de bastimentos, puesto que el ejército romano, aunque no había contendido en ninguna batalla abierta, se dedicó a talar los campos y villas bárbaras. La dramática situación de los godos se comprende mejor si se tiene en cuenta que desde Constantino esta tribu recibía de los romanos, como hemos ya indicado, subvenciones en metálico y en especie, básicamente alimentos. Asolados sus campos y cortados sus suministros, los godos estaban al borde de una crisis humanitaria.

Por tanto, se vieron forzados a entablar conversaciones. Se negoció el tratado a través de los generales romanos Víctor y Arinteo con los bárbaros. Se invitó a los caudillos godos a cruzar el Danubio y firmarlo en suelo romano, mas no quisieron alegando ciertos juramentos y escrúpulos religiosos. Estaba claro que el emperador de Roma, dado su prestigio universal, no sería el que acudiera a tierras bárbaras cruzando el río, por lo que se llegó a una solución de compromiso y se firmó en medio del Danubio, embarcados Valente y Atanarico, el principal jefe bárbaro, en barcos, en cuya cubierta se rubricó la paz.

Los términos de ésta fueron positivos para Roma, pues se otorgó la paz en vez de comprarla y no se vieron compensaciones en oro a los bárbaros y se restringieron los derechos de comercio así como el número de ciudades en que tenían facultad de ejercitarlos. Zósimo, por su parte, escribe que se firmó la paz sin desdoro para el prestigio de Roma, pues los romanos conservaban sus posesiones y los bárbaros se comprometían a no pisar suelo romano. Sin duda mejoraba los términos respecto de aquel firmado por Constantino, quitando privilegios y facilidades a los godos.

Tras de lo cual Valente reforzó las fronteras danubianas, ordenando levas, erigiendo nuevas fortalezas, reconstruyendo las arruinadas y dotándolas de municiones suficientes. Hecho todo esto, marchó a Antioquía, para hacer frente a los persas que habían invadido Armenia.

Tormenta en las estepas escitas

Unos cazadores de este pueblo, cuando estaban, como de costumbre, al acecho de sus presas en la ribera del otro lado de la Meótida, observan que se les presenta de repente una cierva, se mete en la laguna y, avanzando unas veces y parándose otras, parece que les va mostrando un camino. Los cazadores la siguieron y así atravesaron a pie la laguna Meótida, que hasta ese momento consideraban tan infranqueable como el mar... Los cazadores, se quedan admirados con la tierra de los escitas y... vuelven a los suyos y les cuentan su hazaña. Alaban la tierra de Escitia y convencen a su pueblo para que se encamine con rapidez hacia allí por el camino que habían aprendido de la cierva que les sirvió de guía. Tal es la explicación que Jordanes da en su Gética sobre la llegada de los Hunos a Escitia. No es posible dada la extensión que queremos dar a este trabajo entrar por lo prolijo en la cuestión del origen y movimientos del pueblo Huno desde sus tierras originales. Los estudios más recientes consideran que eran una gran confederación de pueblos esteparios, oriundos del Asia central, no homogéneos étnicamente, sino producto de una unión de clanes Uralo-Altaicos. Se fueron desplazando por las estepas del Asia central hasta entrar en contacto con la Escitia a mediados del siglo IV d. C. Se podría decir de ellos que eran de ánimo más fiero que las serpientes míticas, de modo que fueron avanzando de victoria en victoria.



Nada más llegar a estos lugares entraron en combate con los Alanos, llamados tanaitas por habitar en torno al río Tanais, fiero pueblo nómada de origen sármata, al que vencieron completamente e instaron a que se unieran a ellos. Aliados estos pueblos continuaron su avance, hasta llegar a la tierra de los godos greutungos. Era rey de este pueblo Hermanarico, quien había en años precedentes desarrollado campañas contra Hérulos, Vénetos y Estos, a los que había vencido, extendiendo su poder hasta la zona del Báltico. Pero ya era un hombre viejo (Jordanes le atribuye 110 años), o tal vez, simplemente, un hombre sobrepasado por la virulencia del ataque Huno, al que no pudo hacer frente. En cualquier caso no pudo contener la marea de nómadas que le venía encima a su pueblo, de modo que, abrumado por el fracaso, se suicidó. Fue sucedido por el rey Vitimiris, quien, aliándose con algunos grupos de alanos y hunos, se opuso al rey huno Balamber, pero fue vencido en repetidas ocasiones y murió. Ascendió al trono su hijo Viderico, que quedó a cargo de los caudillos Alateo y Safrax, pues era aún menor. Estos, perdida la esperanza de frenar la avalancha de hunos y alanos, empiezan con una parte de los godos greutungos a retirarse hacia el río Dniester. En este momento al parecer el resto de los greutungos se sometió a los hunos.

Alarmado ante las noticias el rey Atanarico de los tervingos decide montar guardia en el antedicho río (Dniester) para evitar su cruce, ya por los greutungos (con quienes no estaban en las mejores relaciones, según Jordanes) ya por los hunos. Pero fue completamente vencido por éstos, mediante una astuta maniobra ejecutada aprovechándose de la oscuridad de la noche, y comenzó su retirada hacia el Danubio, en el curso de la cual sufrió nuevos reveses. Por lo cual buena parte de los tervingos abandonó a Atanarico. Práctica era habitual entre los bárbaros seguir a un caudillo victorioso que les garantizara el éxito que era necesario para obtener dinero, bienes, prisioneros y otros botines. Si ese régulo fracasaba, era inmediatamente abandonado por otro más idóneo. Esa era la ley entre aquellos pueblos. Todos aquellos que no hicieron defección de Atanarico, los menos, bajo el mando de éste, se retiraron a un lugar llamado Caucalanda, desconocido por lo demás, en los bosques de Transilvania. Se puede decir con propiedad que se había producido un efecto dominó que dio lugar a que la irrupción de los hunos desde la Escitia aterrorizara con sus implacables victorias a las demás tribus bárbaras presentes en la zona de las actuales Ucrania y Rumania, obligándolas a cruzar el Don, el Dniéster y el Dniéper. Al final una masa enorme de gentes de diferente origen se vieron presionadas contra el limes danubiano.



Llegados a este punto debemos indicar algunos datos más sobre los godos. La opinión tradicional es que los greutungos son los Ostrogodos, en tanto que los tervingos son los Visigodos. No obstante, algunos historiadores dicen que los bárbaros que se dirigían al Danubio se formaban de tervingos, greutungos y otros pueblos, que dieron luego lugar al reino Visigodo, mientras que los Ostrogodos estarían formados por otro clan que se fue agrupando en el siglo V d. C. Pues bien, hacia el otoño del año 376 d. C., siendo cónsules Valente Augusto por nueva vez y Valentiniano II, el cuerpo principal de los tervingos, tal vez unas doscientas mil almas, según Ferrill, conducidos por Fritigerno y Alavivo, los nuevos caudillos que habían asumido el mando en vez de Atanarico, se decidieron a marchar a los territorios del imperio. Para lo cual pidieron permiso de entrada a los romanos. Más allá del gran río habían siempre observado un país rico, poderoso y próspero, al que envidiaban desde lo lejos y ahora, apremiados por los hunos, querían entrar a formar parte de él. Según Eunapio de Sardes, en sus Historias, los caudillos godos gritaron desde su orilla a los romanos que querían entrar pacíficamente y obtener tierras que cultivar ellos y los suyos en Tracia. Los oficiales que recibieron esta petición la enviaron sin tardanza a Antioquía para que el emperador Valente diera su parecer. En el Sacro Consistorio al principio se mostraron reticentes y se discutió mucho cómo responder a tal solicitud. Se sopesaron todas las posibilidades y, a la postre, primaron las consideraciones de orden económico y militar: era deseada más mano de obra, barata, para cultivar como colonos extensas zonas que estaban despobladas e incultas por las invasiones, pestes y demás desastres que habían atacado sin piedad la demografía; asimismo se requerían más soldados que reclutar para las legiones. Las levadas eran mal vistas en las ciudades y villas, pues, si al campo, ya faltó de manos, se le quitaban más para empuñar las armas, la tragedia para los campesinos era palpable: habría menos personas para trabajar y para pagar los agobiantes tributos. Sustituir a esas personas por bárbaros, ya entrenados y más dispuestos a derramar sangre, se contempló como la mejor solución posible para todos.





Entretanto, los bárbaros habían tenido que esperar en lamentables condiciones la respuesta de los romanos. Les faltaba de todo, pues la suya había sido una huida completa y sin paliativos, y los romanos, a la expectativa, no les suministraban nada. Es de imaginar que por allí se dejaron caer comerciantes romanos, que, amplia la bolsa y estrechos los escrúpulos, hicieron buenos negocios a costa de la difícil situación de aquellos godos hambrientos y desanimados por las derrotas y las penurias.

Tomada aquella decisión por el Augusto Valente, por fin los oficiales romanos les comunicaron la solución: les era dada licencia para entrar en territorio romano, haciéndose cargo el ejército de dar escolta y vituallas a los godos y la flota de trasladarlos con sus barcos al otro lado del Danubio. Una vez desembarcados, serían trasladados al interior para darles asiento en Tracia, repartiéndolos entre las diversas fincas, latifundios y tierras de labor, que necesitaran de trabajadores y campesinos. Pero se les imponía una condición ineludible: la entrega de todas sus armas y además enviar primero a sus hijos como rehenes de su ulterior buena conducta. Para los caudillos godos fue en vano oír las condiciones y acatarlas, pues la pobreza obligó a soportarlo todo.

El peligro en casa: los godos en Tracia

Se encomendó la labor de traslado y escolta a Lupicino conde de Tracia y a Máximo dux del bajo Danubio, los cuales eran unos corruptos, aptos para las intrigas sólo. Amiano imputa todos los males a la ambición criminal de estos dos hombres, que comenzaron a lucrarse a costa de la desgracia ajena, no cayendo en la cuenta que las ganancias vergonzosas responden con castigo a la mayoría de los hombres. El cruce del río se llevó a cabo en los meses finales del año 376 d. C. Fue requisado para la operación todo lo que diera atisbos de flotar. Se incluyeron en los embarcos a miles de personas, hombres, mujeres, niños, ancianos, incluso enfermos. Pero todo iba mal. Para empezar en el trasbordo murieron miles en el frío de las aguas del Danubio, que fluía crecido por las lluvias y gélido a la sazón, dada la época del año.



Además, una vez en la orilla romana, el descontrol y la desorganización eran la regla general. Se intentó elaborar un registro de los recién llegados, pero ante tal masa humana nada pudo hacerse. Por otra parte, una vez alojados en los campamentos levantados precipitadamente en las cercanías, los alimentos que les daban los romanos eran insuficientes. Además, con afán de lucro, dejaron de suministrarles alimentos, lo cual era su obligación en cumplimiento de las órdenes del emperador Valente. En su lugar les vendían perros y otras alimañas como comida a precios desorbitados. Finalmente los bárbaros se vieron en la tesitura de vender como esclavos a sus hijos para poder comer. Uno de los capítulos más lastimosos en la larga historia de la explotación imperial. Injusticia provocada, pues, por la codicia. Y no sólo de estos dos hombres, Lupicino y Máximo, sino de muchos otros, pues si bien algunos, como dice Ferrill, trataron de aliviar las penurias de los bárbaros lo mejor que pudieron, sin embargo, la mayoría no atendió sino a elegir mujeres hermosas, a capturar muchachos lozanos con propósitos inmundos y a procurarse siervos y aparceros. El problema fue que absortos en ello descuidaron cualquier otra medida encaminada al provecho público, de donde naturalmente resultó que la mayoría pasó inadvertidamente con sus armas. Es más, dada la corrupción tan extendida, hubo funcionarios que hicieron la vista gorda a las armas de los bárbaros por el correspondiente precio, es decir, soborno. Tal grado de avaricia desbocada no es sorprendente, pues Valente tenía ansia excesiva de alcanzar grandes riquezas, y nos dice Jenofonte que en general, tal como son los que mandan, así son sus subordinados. Finalmente, viendo que la situación era por todo ello cada día más grave, Lupicino decidió por fin cumplir las órdenes y empezar a trasladarlos al interior con las escoltas pertinentes. Tantos eran los bárbaros (sus carromatos cargados de familias y enseres podían ser dos o tres mil e incluso más) que para cubrir las filas de las escoltas hubo que echar mano de todos los soldados disponibles, incluso de la flota que vigilaba el Danubio.



Cruce del río Danubio

Al poco, los greutungos, a las órdenes de Alateo y Sáfrax, atraídos por el permiso que los romanos habían dado a los tervingos y esperando también ellos hallar el mismo trato, solicitaron de los romanos venia para cruzar el Danubio, lo cual les fue denegado. Los romanos estaban ya demasiado alarmados por el número y problemas que generaban los ya admitidos como para permitir la entrada de más. No obstante, a raíz de las dificultades que los oficiales romanos tenían para mantener el orden entre los tervingos y aprovechando un descuido (o la falta de personal y por ende de vigilancia) de la flota romana que patrullaba el Danubio, cruzaron este río sin permiso y asentaron su campamento en su orilla tracia. La situación empezaba a ser en extremo alarmante por el número creciente de bárbaros dentro del imperio.



Mosaico romano en la ciudad de Marcianópolis, Siglo III DC.

Lupicino al verse cada vez más desbordado por las circunstancias, decidió que para evitar un mal había de ejecutar otro peor al llegar los godos a las afueras de Marcianópolis, primera gran ciudad que encontraron en su camino. En esta, por cierto, mala acogida recibieron de la temerosa población, la cual no estaba preparada ni quería acoger a aquellos refugiados. Entretanto Lupicino cursó una invitación a Fritigerno y a Alavivo para que en esta ciudad concelebraran con él y otros oficiales Romanos un banquete. Sólo era la excusa. La verdadera intención era tomarlos desprevenidos y matarlos, con la esperanza de que, muertos sus caudillos, el pueblo bárbaro no ofreciera más problemas.

Mientras la cena se desarrollaba en un ambiente agradable, los godos a la afueras de Marcianópolis solicitaron, apremiados por el hambre y la estrechez, que les dejaran entrar en la ciudad para comprar los artículos necesarios para vivir. Los magistrados, incitados por el pueblo que no deseaba ver bárbaros en sus calles, se negaron. Desesperados por lo que consideraban una traición (los godos esperaban ser bien acogidos, ya que se les había dejado entrar, y, sin embargo, se les trataba como a apestados), los bárbaros se lanzaron contra las tropas que había alrededor y en breves mas sangrientas escaramuzas mataron a muchos soldados romanos. Fracasaba pues el objetivo de mantener al grueso de los bárbaros en orden.

El otro gran objetivo, la aniquilación de los caudillos, también fracasó. En efecto, los soldados romanos intentaron llevar a cabo su cometido, pero no lo lograron. Se infiere del relato de Amiano que Fritigerno sobrevivió, pero de Alavivo no se vuelve a decir nada, de lo que puede colegirse que murió con parte de los godos que habían entrado en Marcianópolis como miembros de la comitiva de ambos caudillos. En cualquier caso fue un error fatal. Fue verdaderamente aquel día el que puso fin al hambre de los godos y a la tranquilidad de los romanos. Todo ello ocurrió a principios del año 377 d. C., siendo cónsules el Augusto Graciano por cuarta vez y Flavio Merobaudes.



Fritigerno consiguió salir de la ciudad, según Jordanes abriéndose paso con la espada, conforme a Amiano convenciendo a Lupicino de liberarlo para calmar los ánimos de los godos que, acampados frente a la ciudad, se mostraban inquietos por la suerte de sus líderes y, por ende, muy peligrosos. Sea como fuere, se reunió con los suyos y clamó venganza contra la perfidia de los romanos. Este ardid de Lupicino se ejecutó contra la natural y tradicional tendencia romana a rendir culto a la fidelidad y a la honradez (fides). En efecto, escribe Servio: entre nuestros mayores grande era el cuidado de la fidelidad, de modo que, trabadas treguas, los generales del pueblo romano habían solido hablar con los caudillos de los enemigos, y con suma severidad eran juzgados, si se quejaban éstos de haber sufrido injurias. Lupicino, empero, traicionando el ejemplo de los antepasados, había faltado a su palabra dada.

Los godos entonces se lanzaron en rabioso pillaje, saqueando villas, incendiándolas, y llevando confusión y ruina en todas partes por las que pasaban, llenándose de bárbaros las regiones de Tracia. En este punto, Lupicino reunió sus tropas, que pudieron ser no más de 5.000-8.000 soldados (de ellos unos 1.000 jinetes), ya que, según Amiano, condujo sus tropas precipitadamente, más por azar que por la razón, de lo que se deduce que no tuvo mucho tiempo de reunir otras tropas que las acantonadas cerca. Marchó contra los tervingos, quienes tendrían, según MacDowall, un número parecido de guerreros, y a nueve millas de Marcianópolis entabló batalla.

Fue un desastre. Perecieron los tribunos y la mayor parte de los soldados y fueron tomados los estandartes, el mayor oprobio para un soldado romano. Lupicino salvó la vida entregándose a la fuga. Los godos, además, cogieron las armas abandonadas de los romanos, con lo que su capacidad combativa mejoró. La situación, ya de por sí mala, se tornó en dramática para las armas romanas por culpa de la criminal incompetencia de Lupicino. No había ya en Tracia tropas suficientes para enfrentarse a los godos, los cuales, dueños de la campaña, se dedicaron a recorrerla con sus rapiñas y saqueos. Si se pensaba, dadas las circunstancias concurrentes, que ya no podía estropearse más la situación, craso era el error. En la cercana y ya amenazada ciudad de Adrianópolis una unidad romana compuesta de godos estaba acantonada. Estaban al mando de Suerido y Colias. Había sido reclutada por el emperador Valente para su proyectada campaña contra los persas por la cuestión de Armenia, país siempre en litigio.

Al saberse los logros de los bárbaros en Tracia, las autoridades romanas no querían tener a aquellos godos dentro de una gran ciudad como Adrianópolis, por lo que recibieron órdenes de empacar sus cosas y marchar a Oriente. Los godos no tuvieron inconveniente en ello y solicitaron dos días para cumplirlo. Pero no se les dio tanto tiempo. Para su estupor y enojo, se les impuso partir de inmediato. Además, caldeados los ánimos en las calles fueron objeto del asalto de las turbas incitadas por el gobernador de la ciudad, airado por la destrucción de sus posesiones rústicas. Los soldados godos, a instancias de los citados Suerido y Colias, trataron al principio de no responder, pero, habida cuenta de la escalada de agresiones de la enfurecida plebe contra ellos, se revolvieron y atacaron a los ciudadanos asaltantes, que iban provistos precipitadamente de armas de los arsenales urbanos (en la ciudad había una fábrica de armas). Mataron a muchos y repelieron al resto, apropiándose de sus armas. Después de lo cual abandonaron la ciudad, uniéndose como aliados a Fritigerno. Éste, llegado a las afueras de la ciudad, los recibió con suma alegría e inició el asedio de la ciudad para expugnarla, pero ejecutados varios asaltos infructuosos que le valieron la pérdida de muchos buenos guerreros, aconsejó a los suyos dejar las murallas y dirigirse a las feraces y desprotegidas campañas de los alrededores. Así pues, levantó el sitio y dividió su hueste en bandas que se extendieron por aquellas fértiles regiones. A la par, se les unían personas de diversos orígenes: esclavos godos, mineros, campesinos arruinados, deudores insolventes y gentes similares. Todos compartían la desesperación por su miseria y el odio al estado romano por su implacable explotación. Estos infelices guiaban a los bárbaros, enseñándoles lugares, almacenes y escondites. Es fácil imaginar el profundo regocijo con el que los esclavos huidos mostraban a los bárbaros las ricas y prósperas villas de sus antiguos amos. La hueste vencedora crecía cada día en número, aumentando con ello los excesos y desolaciones, para mayor alarma de las autoridades romanas, que comprendían que el problema godo estaba fuera de control.

Cerniéndose sobre el imperio grandísimo peligro en estos lugares, noticias de lo que está ocurriendo son llevadas a toda prisa a la residencia del emperador. Trata éste de llegar a un arreglo con el gran rey Sapor a través del general Víctor y envía por delante, desde Antioquía, a los generales Profuturo y Trajano con algunas legiones de Armenia. Al mismo tiempo se conoce la noticia de que Frigerido, enviado por Graciano Augusto, quien había atendido una petición del emperador Valente, marcha con tropas panonias y transalpinas (limitáneas, probablemente) desde las Galias hacia Tracia para ayudar en el combate contra los godos. Detrás de él, Richomeres, conde de los Domésticos de Occidente, marcha con algunas cohortes con el mismo fin.

Las legiones armenias, después de su llegada, habían entrado ya en combate y habían entretanto logrado enclaustrar a una parte de los bárbaros en las montañas balcánicas, en la confianza de rendirlos por hambre. Pero había más bárbaros en la zona de la desembocadura del Danubio. No se sabe exactamente si eran nuevos contingentes escitas o si eran bárbaros que se habían escapado de la persecución hecha por las legiones armenias. En todo caso, parece que el grueso de los bárbaros salió del monte Hemo y fueron a unirse a aquellas partidas. Allí también se dirigieron las tropas romanas al mando de Profuturo y Trajano. Frigerido en su marcha desde occidente cayó enfermo en Panonia y no pudo continuar. Richomeris unió las tropas de aquel a las suyas y continuó su avance hasta llegar a Tracia, donde se unió a Profuturo y a Trajano en un lugar cercano a Salices, donde esas bandas de invasores se situaban. Richomeris asumió el mando total de las tropas romanas allí destacadas. Ante esto, los bárbaros erigieron un campamento de carromatos, llamado carrago por Amiano, y se parapetaron en él. Se produjo a continuación una guerra psicológica donde ambos ejércitos se amenazaban y gritaban para confirmar sus ánimos y ofender los del enemigo. Era una situación angustiosa en que nadie dormía y, además, los soldados romanos miraban con recelo a sus propios generales.



Finalmente, ambos ejércitos se ordenaron frente a frente y, tronando las trompetas, se arrojaron al combate. La batalla fue igualada sin que ninguna de las partes se impusiera claramente. Terminada la batalla al concluir el día sin un claro vencedor, los contendientes se retiraron a sus campamentos tras de sufrir fuertes bajas. Los romanos, dadas las fuertes pérdidas, se retiraron a Marcianópolis. Los bárbaros no se movieron del lugar por diecisiete días. Conocido el resultado de la batalla de Salices, el Augusto Valente, descontento sin duda, envió desde Antioquía a Saturnino magister de la caballería para ayudar a Profuturo y a Trajano en Tracia. Richomeris regresó a la Galia por refuerzos.

Los godos en este momento podrían haber cruzado de regreso el Danubio con su rico botín. Su incursión había sido muy fructífera. Pero animados porque los romanos no podían con ellos decidieron avanzar de nuevo hacia el sur. Las tierras de Tracia al norte del Hemo eran más pobres y no podían mantener por mucho tiempo a tanta masa humana. Por tanto, a los diecisiete días, como hemos ya escrito, pusieron sus cosas en sus carromatos y marcharon. La dilación de los bárbaros en ponerse en marcha después de celebrada la batalla dio oportunidad a los romanos de bloquear los pasos hacia el sur. Al mismo tiempo, consiguieron encerrar a bandas de bárbaros en las estribaciones del monte Hemo. Trataban de rendirlos por hambre. Todos estos hechos que indican las fuentes demuestran que eran diferentes huestes o partidas y hubo que perseguirlas y combatir las por separado. Además el bloqueo no era tarea fácil, pues se trataba de una línea de cien kilómetros que requería de muchas tropas. Como observa MacDowall, probablemente fueron empleados para esta misión los contingentes limitáneos de las provincias de Escitia, Moesia II y Dacia Ripensis, ya que, roto el limes, se habrían retirado de la orilla del Danubio, que pasó, con toda probabilidad, a control godo. Lo cual a su vez facilitaba la entrada impune de nuevos contingentes bárbaros. Saturnino, una vez llegado, se puso rápidamente a trabajar. Ordenó mantener los bloqueos y situó tropas en los pasos oportunos para cortar los accesos hacia la Tracia meridional, ayudado para esta tarea por Frigerido con sus tropas occidentales, que se fortificaron en Beroea, en la parte oeste del Hemo.

Batalla de los Sauces

La Batalla de los Sauces tuvo lugar en septiembre del 377 y se llevó a cabo en un lugar llamado Ad Salices ("ciudad de los sauces"), un camino de estación de paso llamado Salices anuncio, probablemente situado a 15 kilómetros de Marcianópolis (la actual Devnya , Bulgaria), aunque su ubicación exacta se desconoce. Fuerzas del Imperio Romano de Occidente bajo el mando de Richomeres avanzó hacia el oeste, mientras que las fuerzas del Imperio Romano de Oriente bajo Trajano y Profuturus avanzó hacia el norte, donde se unieron sus fuerzas para atacar a los godos que recientemente se rebelaron bajo el mando de Fritigerno. Fue el primer gran conflicto de la guerra gótica y ambas partes estaban dispuestas a demostrar sus fuerzas. La descripción que se conserva de la batalla proviene de Amiano, el cual dejó pocos detalles. Éste da una larga descripción de los muertos y moribundos, pero no hay información sobre el número de combatientes. En un momento determinado de la batalla el ala izquierda romana dio síntomas de flaqueza, llegando casi a la retirada, pero posteriormente fue reforzada por nuevas tropas auxiliares y se mantuvo firme hasta el final. La batalla terminó con la caída de la noche. El resultado fue un empate sangriento por ambas partes, teniendo muchas pérdidas; los godos permanecieron acampados detrás de su círculo de carromatos de guerra más de una semana después de la batalla.



Batalla de Ad Salices

No se quedaron entretanto quietos los godos, pues, dado que las zonas septentrionales de Tracia, agotadas ya de alimentos, no podían avituallarlos y que, percatados de la resistencia de las tropas romanas en los desfiladeros, su situación era muy apurada, decidieron llamar a grupos de hunos y alanos que ambulaban allende del Danubio. Además Fritigerno astutamente entró en contacto con Alateo y Safrax con el objetivo de que los greutungos se unieran a los tervingos en la lucha contra los romanos. Y efectivamente logró la incorporación de aquellos contingentes. La primera consecuencia de ello fue hacerse con un poderoso cuerpo de caballería, de lo que hasta entonces los tervingos habían carecido, pues estos eran básicamente infantes. Una vez reunidas estas tribus, sintiéndose más fuertes y apretados por el hambre y la escasez, trataron de ingresar en la Tracia meridional en busca de los bastimentos necesarios. Al conocer Saturnino el tamaño de las huestes bárbaras recién reforzadas, abandonó el plan, primeramente trazado, de bloquear en los montes balcánicos a los invasores, de modo que alzó el bloqueo y congregó sus tropas. Se explica esta decisión por el hecho de que Saturnino tuviera dudas de que sus tropas, dispersas y situadas en diferentes lugares, fueran capaces de resistir los ataques de los bárbaros, los cuales ahora contaban con la movilidad proporcionada por una fuerte caballería. Los jinetes con su velocidad y movilidad, pensó Saturnino, podrían fácilmente eludir el bloqueo por algún paso montañoso y cogerles por la espalda. Llevada a cabo la retirada, libres los pasos montañosos, se arrojaron los bárbaros sobre aquellas regiones. Desde el Danubio hasta el Ródope y desde el Helesponto hasta el Hemo la tierra se cubrió de atrocidades, pillajes, asesinatos, violaciones, matanzas y demás desastres que toda guerra siempre conlleva.



En Dibalto, a orillas del Ponto Euxino, se produjo una fiera escaramuza entre los invasores y tropas romanas al mando del tribuno Barzimeres, famoso por su valor. Los romanos, auxiliares palatinos Cornutos y caballería de los Escuderos, fueron vencidos, perdiendo el tribuno su vida en el combate. Esta escaramuza demuestra que la mayoría de las tropas romanas se habían acantonado en las ciudades, al abrigo de sus altas murallas, pero que había tropas, las de más calidad combativa, que trataban de enfrentarse a los invasores en campo abierto. Después de esta batalla, empero, con toda probabilidad ya no habría tropas romanas que se atrevieran a desempeñar tareas a campo abierto. Hacía falta un ejército completo. Todos empezaban a dirigir su mirada hacia el ejército presencial de Valente, allá en la lejana Antioquía.

Ahora que se habían avituallado de nuevo con sus saqueos, los godos buscaron una acción contundente que obligara a los romanos a negociar. Se dirigieron pues a occidente, a Beroea, contra Frigerido. Éste, apercibido de su venida, levantó el campamento y regresó al Ilirico. Allí se topó con el caudillo bárbaro Farnobio que conducía una horda de merodeadores godos y taifalos, saqueando aquellos sitios. Este Farnobio y sus guerreros eran otro de los grupos que, aprovechando el derrumbe del limes danubiano, había penetrado en territorio romano. Enablado el combate, lo venció y mató. A los pocos supervivientes los envió como colonos al norte de Italia. Después bloqueó y fortificó el paso de Succo para evitar infiltraciones de bárbaros hacia Occidente.

Tocaba a su fin el año 377 d. C. Vista la apurada situación en que se encontraban las cosas de la guerra goda, los emperadores Valente y Graciano convinieron en un esfuerzo conjunto para derrotar y repeler a las tribus invasoras. Valente reuniría todas las tropas posibles del frente persa y Graciano conduciría desde las Galias su ejército. Pero una cosa era lo proyectado en la mente y otra lo que en verdad terminó por suceder, pues muchas cosas ocurren a los hombres contra su esperado propósito.

En efecto, cierto soldado romano de origen alemán volvió a su tierra allende del Rhin y, suelto de lengua, suministró información a sus compatriotas sobre los planes militares de Graciano. Los Alamanes quisieron aprovechar la oportunidad para enriquecerse a costa de la Galia. Hicieron una primera tentativa, pero fueron rechazados por los auxiliares palatinos celtas y petulantes. Encolerizados entonces por tal revés, reunieron un gran ejército de entre 40.000 a 70.000 hombres y cruzaron el río. Graciano se vio obligado a reclamar de vuelta a las tropas que ya marchaban a Oriente, reunir las restantes, llamar a los francos de Malobaudes y en un lugar llamado Argentaria (Colmar) los venció completamente. Sin embargo, en vez de rendirse inmediatamente aturridos por tamaña derrota, se retiraron a sus impenetrables selvas germánicas y allí se propusieron oponer resistencia. El ejército romano tuvo que cruzar el Rhin, transitar a través de las verdes brumas de los viejos bosques y en estos agrestes lugares vencer nuevamente a los alamanes. Ahora sí, finalmente, los supervivientes solicitaron la paz. La campaña fue muy exitosa, pero retrasó los planes originarios varios meses y, sin duda, hizo que Graciano, desconfiado, no mandara ya tantas tropas a Oriente como en principio quisiera. En cualquier caso, comenzó de nuevo su marcha hacia Tracia con tropas de armamento ligero para auxiliar a su tío. Está claro que no eran demasiadas, pues dice Amiano que embarcó e hizo la travesía por el Danubio.



Soldados godos

A primeros del 378 d. C., posiblemente a los comienzos de primavera (Marzo), siendo cónsules el Augusto Valente por sexta vez y el Augusto Valentiniano el Joven por segunda vez, el emperador Flavio Valente partió de Antioquía con cuantas tropas pudo llevarse sin desarmar peligrosamente la frontera del Éufrates, ya que la amenaza persa siempre estaba presente y latente, y llegó a Constantinopla. Salíó de la ciudad Siria, si atendemos al testimonio de Amiano Marcelino, con el ambiente sobrecargado de augurios funestos: los perros saltaban al oír a los lobos aullar, las aves nocturnas lanzaban chillidos lastimeros y quejumbrosos, cualquier persona que se sintiera maltratada no tenía otra forma mejor de desahogarse que gritar: ¡que quemen a Valente!, y además oían en las calles las proclamas de los que recogían madera para las hogueras que mantenían caldeados los baños de Valente. Después de un mes de camino por Capadocia, llegó hacia el 30 de Mayo a Constantinopla donde se encontró con una opinión popular muy adversa a él. Nada nuevo. Ya hemos dicho que Valente por su intromisión desde el arrianismo en los asuntos religiosos era odiado por la población trinitaria, que era mayoría en Constantinopla. Así, tuvo que hacer frente a una ligera revuelta popular, que, además de los motivos religiosos, ahora tenían el motivo bárbaro, pues sabían a los godos a un par de jornadas de su ciudad y, ante el fracaso del ejército en expulsar a los bárbaros, la población estaba francamente muy susceptible. En unos juegos circenses ofrecidos en el hipódromo, adonde había acudido el emperador, fue silbado y objeto de pullas, burlas e insultos. Le afeaban su incompetencia por no haber resuelto el problema godo. El pueblo gritaba: “Dadnos armas y nosotros mismos lucharemos”. Entendió Valente que su paciencia ya había aguantado bastante y que su púrpura había trocado en colorada por lo sangrante de las injurias y ofensas. Decidió marcharse y sentar su cuartel general en Melatias, suburbio de Constantinopla, que contaba con un agradable y amplio palacio. Al abandonar Constantinopla, Zósimo por su parte nos transmite que a las afueras, ya en camino, el ejército se encontró de frente con un aterrador prodigio: hallaron tendido en el camino el cuerpo de un hombre completamente lacerado de la cabeza a los pies, al principio pensaron los soldados que aquel hombre torturado y destrozado estaba muerto, pero se dieron cuenta de que estaba vivo pues los miraba con sus ojos. Espantados se lo dijeron a sus oficiales, quienes a su vez le preguntaron quién le había hecho tal cosa, pero aquella aparición nada les contestó. Sin saber qué pensar se lo dijeron al emperador Valente, que acudió y al ver espectáculo tan espantoso le preguntó también quién le había hecho eso. El hombre lo miró, pero no respondió y al punto desapareció. El ánimo supersticioso de los soldados se conturbó sobremedura ante tan claro prodigio.

Incluso el emperador no sabía a qué atenerse. Los adivinos le informaron que significaba que el imperio sería torturado y herido por la iniquidad y negligencia de sus gobernantes y súbditos para al final perecer. Tal vez se trate de la imaginación de los ciudadanos que después de la derrota crearon tales señales, pues los grandes sucesos, ya fuere el nacimiento o la muerte de famosos personajes, ya fueren trascendentes victorias o derrotas, en la cultura antigua se entendía que venían precedidos por señales y prodigios enviados como advertencia por los eternos Dioses. Fuere lo que fuere, lo cierto es que evidencian sin duda una situación de tensión que se acrecentaban por el imperio a cada momento que pasaba. En efecto, aunque oficialmente nada se decía, sin embargo, por rumores se sabía por la ciudadanía que los godos estaban golpeando duro en Tracia y que el ejército romano había sido superado en varias ocasiones. El tradicional miedo al feroz bárbaro se ponía a flor de piel, dadas las circunstancias, y todos estaban pendientes en los mercados y mentideros de las últimas noticias desde Tracia, que no solían ser buenas. A nadie se le escapaba que si el ejército fracasaba en las fronteras, tendrían a los bárbaros en breve ante sus casas.

Para tensar más la situación, un monje sirio de gran piedad, Isaac de nombre, que estaba en las cercanías de Constantinopla como eremita, salió de su soledad e ingresó en el campamento y habló a Valente en estos términos: “devuelve, oh Augusto emperador, a los ortodoxos y a aquellos que sostienen la doctrina nicena las iglesias que les has quitado y la victoria será tuya”. Ofendido por el atrevimiento del monje, Valente ordenó a sus escolares que detuvieran al osado y lo mantuvieran bajo arresto hasta que a su regreso de la batalla decidiera su castigo. A lo cual el monje Isaac le respondió: “Si no vuelves las iglesias, no volverás”. Es sin duda la versión cristiana de los prodigios que anunciaron la debacle.

En cualquier caso, tuvo que comprender que había un clima de división religiosa que fragmentaba la sociedad, peligrosa situación que era muy inapropiada en un momento en que se luchaba contra un enemigo poderoso que había osado incluso amenazar la capital de oriente. De ahí que el emperador Valente, presumiblemente en aras de una política de concordia, mandó llamar a los exilados trinitarios.

A Melantias por fin llegó el 11 de Junio. Pero antes de salir de la ciudad constantinopolitana, tomó dos decisiones: mandó por delante a la caballería sarracena y encomendó las operaciones al general occidental Sebastiano como magister de la infantería. Este Sebastiano había tenido diferencias con algunos miembros de la corte de Graciano, de modo que lo habían enviado a Oriente para deshacerse de él. Los sarracenos, según Zósimo, se mostraron muy eficaces y consiguieron expulsar a los godos que ya merodeaban por las proximidades de Constantinopla causándoles fuertes bajas. Sebastiano, por su parte, eligió a trescientos hombres de cada legión, según Amiano, a 2.000 soldados de los mejores, según Zósimo, a los que entrenó escrupulosamente para llevar a cabo una guerra de guerrillas contra los godos. Mediante celadas, emboscadas e insidias debidamente planeadas, durante la primavera y primeros de verano del 378, Sebastiano logró destruir a muchas bandas de bárbaros que regresaban hacia el norte cargados de botín. Todos estos éxitos permitieron al grueso del ejército, dirigido por Valente mismo, avanzar desde Melantias (a 20 Kilómetros de Constantinopla) hacia Adrianópolis.



Ruinas de Cabyle, en Tracia

Fritigerno, alarmado por estos reveses de los suyos y por la venida del emperador con su ejército, advirtió que era peligroso que sus huestes siguieran ambulando en pequeños grupos, pues se exponían a letales emboscadas. Así pues, llamó a todos sus hombres y los congregó en la ciudad tracia de Cabyle. Otro campamento estaba situado en Beroea. La oportunidad de la ubicación de ambas ciudades es óptima, pues permiten controlar el paso de los montes balcánicos desde el sur al norte y viceversa.

El Augusto Valente, en sabiendo que los bárbaros se concentraban en torno a Cabyle y Beroea, habría proyectado, según MacDowall, tomar por ruta las orillas del río Hebro (actual Maritsa) y luego girar al norte para alcanzar aquellas ciudades, donde esperaba encontrarse con los godos. El Augusto Graciano, por su parte, después de llegar a Sirmio, habría atravesado el paso de Succo, ingresado en Filipópolis y desde ahí, siguiendo el curso del Maritsa, contactar con su tío Valente. Pero nada de esto sucedió, pues Graciano, aquejado de fiebre, se demoró cuatro días en Sirmio cayendo luego en una celada de los alanos, donde perdió varios soldados y Fritigerno por su parte no esperó acontecimientos, sino que tomó la iniciativa y marchó hacia el sur sobre una localidad llamada Nice, en el camino entre Constantinopla y Adrianópolis, con ánimo de cortar las vías de avituallamiento del ejército del Augusto Valente. Está claro por estas indicaciones que Valente estaba por lo menos en Adrianópolis y según MacDowall incluso había proseguido su avance hacia el oeste por el río Maritsa, según el plan indicado antes. Las informaciones de los historiadores en este punto son poco claras. Luego, según las fuentes, por exploradores supo el Augusto Valente de esta venida de Fritigerno hacia el sur a través de las montañas y que los godos (apreciación errónea) eran unos diez mil. Envío entonces una turma de caballería junto con infantes y arqueros para que vigilaran sus pasos. Él por su parte regresó a Adrianópolis (o se quedó allí, si no había seguido su avance), en cuyas cercanías estableció su campamento.



Augustus Flavio Valente

Allí recibió a Richomeres, enviado por Graciano, portando una carta en la que el Augusto de Occidente le pedía que le esperara para afrontar ambos en común el combate contra los godos. Se celebró a continuación un consejo militar en el que los generales se dividieron en dos: un grupo, encabezado por Sebastiano, quería entrar ya en el combate decisivo, mientras que el otro, a cuya cabeza el general Victor, pedía demorar el encuentro en espera de la llegada del Augusto Graciano con sus tropas. Según Amiano, Valente sentía envidia de la victoria de Graciano sobre los alamanes y no quería compartir la victoria sobre los godos, para así igualarse en mérito militar con su sobrino. Por otro lado, se ha insinuado que las diferencias y malentendidos vinieron de mucho atrás, ya que, presuntamente, Valente se habría sentido ofendido en su día porque su hermano Valentiniano hubiere nombrado Augusto a su hijo Graciano sin consultárselo primero. Son varias las explicaciones aducidas como cimiento de la decisión del emperador: primero, que los bárbaros sólo eran diez mil y por tanto un contingente asequible para ser interceptado y destruido; segundo, que, si alcanzaban los godos Nice, interrumpirían las comunicaciones con Constantinopla, donde el prestigio del emperador, ya muy bajo, se habría desplomado, pensando la población que Valente los había abandonado a su suerte ante la horda bárbara.

Cuando Fritigerno supo del nuevo movimiento del Augusto Valente directamente contra él, se encontró ante una difícil disyuntiva: o decidía volver al norte, o buscaba un lugar idóneo para oponer resistencia, o negociaba un acuerdo. La primera opción era difícil, ya que, según Amiano, había tardado tres días, marchando lentamente, en llegar adonde estaba en ese preciso instante, lo que sólo puede explicarse por el hecho de que no sólo iban los guerreros sino todas sus familias y bienes. Al tener a cargo tan gran cantidad de civiles, Fritigerno tuvo que advertir que no podría deshacer el camino recorrido y volver a la Tracia septentrional, pues eso le habría expuesto a los ataques de los romanos. La otra opción era buscar en los alrededores un lugar adecuado para dar batalla y llamar a Alateo y a Safrax, quienes dirigían una poderosa caballería y no estaban junto a él en ese momento. Con seguridad consideró esta posibilidad como el último recurso, ya que decidió mandar una embajada al campamento del Augusto Valente para tratar de un arreglo pacífico.

Así, llegó al campamento un presbítero cristiano como legado de Fritigerno ofreciendo al Augusto la paz a cambio de poder morar con tranquilidad en la Tracia como colonos, la cual petición constituía la pretensión inicial y más ansiada de los godos cuando cruzaron el Danubio. Curioso es que fuera enviado un sacerdote como embajador. En esa época muchos godos serían cristianos (arrianos al acoger la predicación del monje arriano Ulfilas), pero había también muchos paganos, quizás la mayoría. Eunapio de Sardes se enfada por la credulidad de las autoridades romanas, las cuales, reputando ciertas las muestras de cristianismo que daban los bárbaros, aceptaban sentarse en una mesa con ellos a negociar. Los godos podrían jurar y perjurar sobre el evangelio que cumplirían lo pactado y luego reírse homéricamente de la púrpura del emperador, del imperio de los romanos, de la santidad de los pactos y de la letra del evangelio para hacer a continuación lo que mejor les conviniera. Tal vez Eunapio exagera en su apreciación, pero no deja de ser destacable que para negociar enviara Fritigerno a un sacerdote, que sería por tanto arriano como los godos cristianizados y como el propio Valente. El emperador lo recibió. Se le comunicó la aspiración de tierras en Tracia que albergaban los godos en lo hondo de su ánimo, pero también le dio en privado un mensaje secreto, en el que le comunicaba que él, Fritigerno, deseaba la paz, pero que los demás caudillos, ensoberbecidos por el éxito, no querían negociar. Le aconsejaba al emperador marchar hacia ellos con su ejército para que los godos, amedrentados por la presencia del ejército romano, se avinieran a terminar la contienda pacíficamente. Sea o no cierto este hecho, la verdad fue que la negociación no desembocó en nada y prosiguieron los preparativos para marchar al día siguiente a la batalla contra los godos. Órdenes fueron impartidas por los tribunos a los soldados para que tuvieran todo listo para el día siguiente. El emperador había decidido conjurar el peligro por las armas y habría batalla. Comenzaba la cuenta atrás.



FUERZAS ENFRENTADAS

El ejército Godo

El ejército godo fue el ejército que venció a Roma en la batalla de Adrianópolis. Frente a lo mucho que se ha dicho durante siglos, los ejércitos del ámbito germánico (que en Europa era prácticamente todo lo que no era Roma) no eran, ni mucho menos, esa informe masa de bárbaros (en todos los sentidos) desprovistos de cualquier sentido táctico. Era cierto que carecían de un sentido estratégico claro, ya que las tribus, salvo en contadas ocasiones, sólo se agruparon bajo la figura de un jefe único o rey cuando consiguieron tierras de manera permanente. Pero los ejércitos germánicos combatieron contra Roma con un sentido táctico muy desarrollado. La primera referencia que tenemos de la organización de los ejércitos germánicos nos la da, cómo no, Julio César en sus Comentarios de la Guerra de las Galias. En el comienzo del Libro IV, César narra:

"La nación de los suevos es la más numerosa y guerrera de toda la Germania. Se dice que tienen cien circunscripciones, cada una de las cuales contribuye anualmente con mil soldados para la guerra. Los demás se quedan en casa trabajando para sí y para los ausentes. Al año siguiente alternan; van éstos a la guerra, quedándose los otros en casa. De esta manera no se interrumpe el trabajo y queda cubierto el ejército."

Cayo Julio César. Comentarios de la Guerra de las Galias. Libro IV.

Es preciso decir que este texto se refiere a los suevos, la tribu más importante de Germania, también la más belicosa (el mismo Ariovisto era suevo). Por ello César la toma como ejemplo de la organización militar germana, lo que nos indica que los germanos tenían un sistema militar perfectamente organizado, con un ejército permanente de carácter rotatorio anualmente. Creo muy importante destacar que César comenta que cada podes (circunscripción), tenía que colaborar al esfuerzo conjunto con mil hombres. ¿A qué se refería César cuando habla de los podes?, probablemente a clanes o asociaciones de familias unidas por algún vínculo común.



En la Antigüedad, muchos pueblo estuvieron en contacto con los germanos y casi todos ellos llegaron a integrar sus costumbres, e incluso sus lenguas con el paso del tiempo. Ya lo vimos en el caso de la migración de los cimbrios y teutones y volvemos a verlo con los godos, un pueblo que prácticamente a todos los efectos puede considerarse "germano", no por origen, sino por asimilación cultural. Por ello, evidentemente, lo primero que los godos copiaron de los germanos fue su sistema militar, un sistema cuyos lejanos ecos perdurarán en España hasta la invasión musulmana del año 711 de nuestra Era.

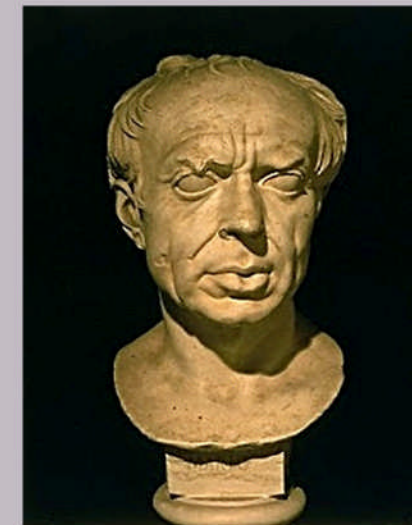


César describe el modo de combatir de los germanos en formación de "falange", es decir, en línea de combate continua. Lo que es propio de pueblos formados por tribus coaligadas, que marchaban a la guerra formando un frente común. La formación en línea no dejaba dudas sobre quién ocupaba mejor o peor sitio, es decir, evitaba rencillas. Además, los germanos conocían un buen número de artes tácticas como demostraron en sus continuas guerras contra Roma, por lo que podían en determinados casos formar unidades menores con objeto de conseguir maniobras de flanqueo, por ejemplo. Lo que sabemos es que no solían guardar reservas tácticas, y su propia definición de pueblos prácticamente nómadas obligaba a que fuera todo el pueblo el que marchara a la batalla, mujeres, niños y ancianos incluidos, que se quedaban en el campamento, formado dentro de un círculo de carretas tiradas por bueyes, el medio en el que se desplazaban estos pueblos. Sobre las unidades tácticas, es previsible que combatían agrupados por tribus y clanes, sin que haya una cifra exacta (la que da César es aproximativa) de cuántos efectivos componían las unidades, si es que realmente éstas existían, cosa que tampoco está clara. Si leemos atentamente los Comentarios de la Guerra de las Galias nos daremos cuenta de la similitud que existe entre el modo general de hacer la guerra de los galos y el de los germanos, que tiempo tuvieron para ser influenciados, y muy negativamente, por cierto. Así pues, lo mejor es pensar en unidades más pequeñas formadas en cada una de las grandes unidades tribales, posiblemente por el agrupamiento de los efectivos de los distintos clanes u aldeas. Era una estructura complicada que sin embargo, dejó su impronta en los ejércitos medievales y que continuaría hasta que, paulatinamente, los ejércitos fueron desfeudalizándose y profesionalizándose a la par.

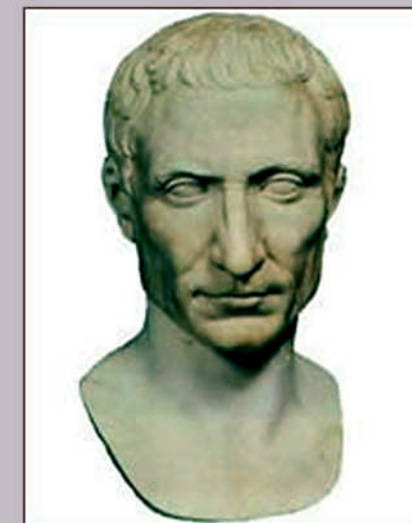
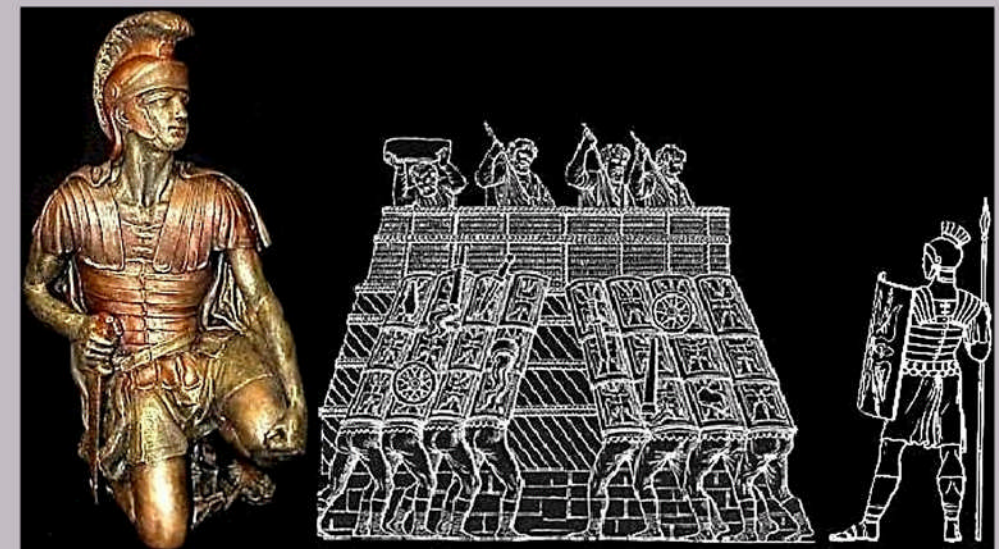
Las grandes migraciones

A lo que temían realmente los romanos no era a una razzia o expedición de saqueo que podía cruzar las fronteras, saquear un par de aldeas y volverse con el botín a su selva. Lo que verdaderamente temían los romanos era una invasión masiva, una migración de naciones enteras que desbordara las fronteras. La primera gran migración conocida por Roma fue la de los cimbrios, teutones y otros más que reunió a más de 800.000 personas que desde el Quersoneso Címbrico (la actual península de Dinamarca) habían llegado a las puertas de Italia arrasando todo a su paso. Aquella aventura costó a Roma las espantosas derrotas de Noreia (113 aC) y Arausio (105 aC) que causaron casi 100.000 muertos entre legionarios romanos y aliados italianos. Sólo el genio militar de Cayo Mario consiguió frenar a los invasores en las brillantes batallas de Aquae Sextiae (102 aC) y Vercellae (101 aC) exterminando a los invasores y consiguiendo salvar a Roma y a la Civilización del desastre.

El sobrino de Cayo Mario, un procónsul llamado Cayo Julio César, llegó a la provincia que el Senado le había asignado para gobernar, la Galia Cisalpina, justo cuando 368.000 helvecios, habitantes de la actual Suiza y alrededores se preparaban para lanzarse a depredar las Galias. Tras vencerlos (58 aC) y enviar a los supervivientes de regreso a su hogar, César supo que las Galias estaban siendo utilizadas como cabeza de puente de una invasión germana que ya tenía a 150.000 germanos allí. Y allí fue César y allí se quedaron la inmensa mayoría de esos germanos que sirvieron de abono para la próxima cosecha. Aquella campaña impresionó tanto a César que decidió que si los galos no eran capaces de defender su tierra de los germanos tendría que hacerlo Roma por ellos, y César conquistó las Galias y llevó las fronteras de Roma hasta el Rin. El asesinato de César impidió a Roma conquistar Germania y establecer un colchón de seguridad más amplio, y así se quedó la frontera. A pesar de los esfuerzos de Druso que llegó en una soberbia campaña ¡hasta el Elba!, la derrota del ineficaz Quintilio Varo en Teutoburgo sirvió de excusa a Augusto para retirarse de Germania. Mala estrategia aquella que dejó hipotecado el futuro del Imperio durante siglos y que al final causaría su ruina, ya que poco después, por el siglo I dC, los habitantes de la zona sur de la actual Suecia, lo que llamaban Götaland, cruzaron el Báltico y se establecieron en el norte de la actual Polonia. Eran los Godos



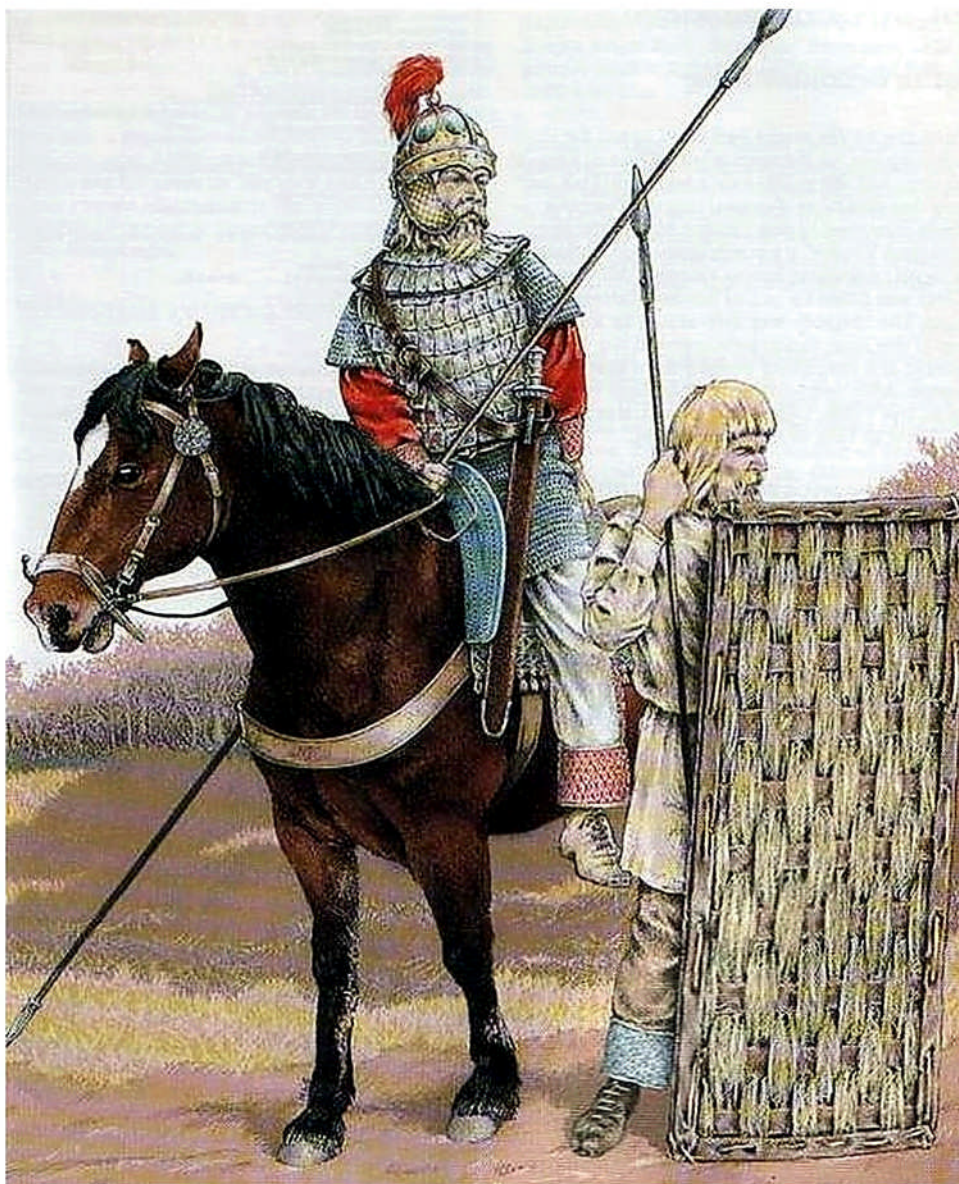
Cayo Mario



Cayo Julio Cesar

El armamento de los pueblos germánicos era muy simple pero efectivo: lanza de acometida de unos dos metros de longitud con punta y contera de hierro, espada larga tipo celta de hierro, escudo plano con forma ovalada o rectangular de madera y como protección, yelmo y cota de malla de hierro. Como todos los pueblos germánicos y similares, los godos no eran demasiado partidarios de la protección personal, también influía en que una cota de malla era muy costosa, y de hecho pocas unidades romanas la seguían utilizando. Como particularidad, los godos, al igual que otros pueblos germánicos, utilizaban un hacha arrojadiza, la famosa "francisca".

Gracias a la batalla de Adrianópolis, la caballería pareció vencer a la infantería, lo cual es un mito, y esas grandes frases que se refieren a la superioridad de la caballería goda sobre el ejército romano no se mantienen con un análisis histórico serio y riguroso, como demostraremos en el capítulo sobre la batalla que sigue a continuación. La caballería goda era, como en todos los ejércitos germanos, un complemento táctico, que en Adrianópolis fue de gran importancia, pero a los romanos los derrotaron los infantes godos, no sus jinetes que, de hecho, acabaron combatiendo desmontados. Cosa típicamente germana, como no podía ser menos.



Infantería y caballería Gota



Francisca



Guerreros godos



Guerrero godo y su equipamiento



Ejército Godo

El ejército romano del Bajo Imperio

En el siglo IV las grandes provincias del Principado fueron reducidas a numerosos mandos militares regionales, de menor entidad. Además el ejército fue dividido en comitatenses o unidades de los ejércitos de campo y limitanei o fuerzas estáticas.

Los limitanei concentraban la mayor parte de las tropas, asignadas a la guarnición de un área determinada, habitualmente fronteras. Si estas fronteras no son terrestres, sino fluviales, entonces nos referimos a los ripenses. Este tipo de tropa de frontera procedería de un reclutamiento eminentemente local, y estaría bajo el mando de oficiales ecuestres, duces de cada región o praepositi limitis, cuyo mando no siempre coincidía territorialmente con los límites de las provincias.

Los comitatenses, unidades pertenecientes a uno de los ejércitos de campo o comitatus, estaban sujetos a las órdenes inmediatas de uno de los emperadores o sus directos subordinados. Era un ejército selecto, de élite, formado para la realización de ofensivas, campañas en el extranjero. En él primaba la caballería. Los orígenes de este sistema no son claros, si bien podemos rastrear en el pasado la aplicación de medidas similares: por ejemplo, la creación por parte de Septimio Severo de un fuerte contingente acantonado a unos pocos kilómetros de Roma, formado por la guardia de infantería y caballería y por la Legio II Parthica, habiendo sido ésta trasladada desde el frente oriental. Otro suceso similar se da a mediados del siglo III, con el emperador Galieno, que crea un ejército de importancia establecido en Milán, el cual incluía una fuerte caballería. Los reinados de Diocleciano y Constantino parecen haber sido fases importantes en este proceso, pero no conocemos los detalles. La Notitia Dignitatum nos informa de que el Imperio oriental reunía cinco ejércitos de campo, dos de ellos asociados a la corte imperial, y siete scholae o regimientos de caballería de la guardia imperial. Cada uno de estos ejércitos estaba comandado por un Maestro de soldados, supeditado al emperador. Por su parte el Imperio occidental contaba con siete ejércitos, tres de los cuales eran relativamente pequeños. Cada uno de ellos estaba bajo el mando de un Conde, que había de responder ante un Maestro de Infantería y un Maestro de Caballería, siempre bajo las órdenes del emperador. A veces las unidades comitatenses han sido consideradas reservas estratégicas móviles, capaces de desplazarse adonde los problemas lo requiriesen.



Infante romano del siglo IV d.C.

A.Goldsworthy señala que la mayoría de ellas estaban, con seguridad, establecidas bastante al interior de las provincias, a diferencia del ejército del Principado, desplegado principalmente en torno al perímetro del Imperio. El sistema altoimperial implicaba que, cuando el enemigo conseguía traspasar la frontera, se tardaba mucho en trasladar las tropas desde otras fronteras para combatirlo. Además, las fuerzas trasladadas dejaban desprotegidas las fronteras, de manera que éstas quedaban expuestas a nuevas incursiones. Si bien no se puede negar parte de verdad en este planteamiento, la opinión de Goldsworthy es que no se debe exagerar la movilidad de los comitatenses. Los ejércitos de campo, como los demás, no tenían una velocidad superior a la de un infante en marcha, la cual, además, era limitada por la capacidad de desplazamiento de su tren de carga. Pero sí tenían estos ejércitos la ventaja de no estar vinculados a una región en particular.



Soldados de la Auxilia Palatina. Siglo IV d.C.

1-Soldado de infantería pesada

2-Soldado de infantería ligera

En época del Principado las legiones, sobre todo, realizaban tal cantidad de funciones, que su desplazamiento a otras áreas para el combate provocaba serios problemas administrativos. Por ello se recurrió frecuentemente al uso de destacamentos de legionarios en vez de legiones enteras. El traslado del ejército de campo en época tardía ya no daba lugar a esas complicaciones, pero es muy discutible hasta qué punto esas tropas suponían una reserva estratégica para la totalidad del Imperio. Lo que es innegable es que proporcionaban una poderosa fuerza para proteger al emperador de la amenaza interna de los usurpadores en una época de habituales conflictos internos. La historiografía tradicional ha representado a los limitanei como milicias locales que desempeñaban un papel de soldados-campesinos de manera no continuada, encierto modo más parecidos a los soldados republicanos que a los legionarios profesionales del Principado. Esta perspectiva es errónea. Los limitanei eran unidades regulares de tropas entrenadas, que sólo se diferenciaban de los comitatenses en su estatuto. Su función era la de guardar las fronteras, y a veces la de vigilar algunas zonas con problemas de desórdenes internos. Los limitanei no tendrían que enfrentarse a incursiones de importancia o a invasiones, para lo cual su número no sería adecuado, sino que habrían de enfrentarse a conflictos a menor escala, y todo apunta a que eran eficaces. En ciertas ocasiones, algunas unidades de limitanei funcionaban adjuntas a comitatus y operaban con efectividad. En el caso de que esta adscripción se hiciese permanente, las unidades pasaban a llamarse pseudocomitatenses.



Infantería y caballería romanas. Siglo IV d.C.

La caballería en los ejércitos de campaña estaba organizada en unidades conocidas como vexillationes. Al parecer, según los estudiosos, contarían con una fuerza de 200-400 soldados, si bien en el papel su número sería de 500 y en la práctica normal de unos 300. En los ejércitos de limitáneos algunas unidades de caballería se llamarían también vexillationes, pero otras conservaron los antiguos nombres de alae o cunei. La mayoría de las tropas de caballería se parecerían mucho a las viejas tropas del alto Imperio, si bien fueron creadas nuevas como los catafractos y los clibanarios, que eran caballería pesada.



Catafractos romanos, siglo IV d.C.

Nazario realizó a principios del siglo IV (en el 321 d.C.) un panegirico en honor de Constantino. En referencia a su enfrentamiento con Majencio relata el empleo de éste de clibanarios contra Constantino en Turín (312 d.C.). En su relato sobre esta batalla, decisiva para la subsiguiente historia de Roma y del Cristianismo, carga las tintas sobre el elemento del terror generado por la caballería pesada y el mérito de Constantino por superarlo y conseguir la victoria. Tras realizar una descripción visual de las fuerzas a las que se oponía, haciendo hincapié en la terrible y espantosa visión de hombres y monturas cubiertas de hierro que en el ejército llamaban clibanarios. Alaba al emperador por no haber caído en el miedo a pesar de que el enemigo era más numeroso y estaba mejor armado, haciendo muestra de su aparente invulnerabilidad salvo en los ojos, única parte del cuerpo dejada al descubierto. El Panegirico de Nazario es clave a la hora de mostrar como el elemento psicológico era no sólo importante en sí, sino que los propios escritores de la Antigüedad así lo concebían. Y de hecho esto viene demostrado poco después al tratar precisamente del terror sufrido por otro emperador siglos antes que no soportó la visión de jinetes semejantes.



Clibanarios de las Scolas desfilando en Roma a mediados del s. IV

Los catafractos eran un tipo de caballería pensada para oponerse a una falange de tipo macedonio: sus jinetes lucharían desplegados en varias líneas, con mucha protección para el caballo; la lanza se lleva a lo largo del costado derecho del caballo. Por el contrario los clibanarios fueron creados para luchar contra otra caballería: la lanza se llevaría cruzada sobre el cuello del caballo, con la punta a la izquierda y el regatón a la derecha: este sistema permitía además llevar escudo; los caballos llevarían coraza de cuero, más ligera que la metálica de los catafractos. Los clibanarios combatirían además en cuña, con apoyo de arqueros a caballo. Otros autores como M. Speidel, opinan que la diferencia entre ambos tipos es que los caballos de los catafractos tenían poca protección, mientras que los de los clibanarios, que combatirían en la primera línea, estaban más protegidos con armadura metálica. Que puedan sostenerse con argumentos serios posturas tan opuestas es clara muestra de las dificultades que conlleva analizar la escasa y confusa información que nos ha llegado. De hecho, la opinión más extendida es que en Roma los nombres llegaron a ser casi intercambiables (así lo dicen expresamente Amiano Marcelino, el autor de la Historia Augusta, y el panegirico que Nazario dedicó a Constantino el Grande). Originariamente la denominación derivaría del origen de las unidades: los catafractos tendrían un remoto origen sármata, y los clibanarios serían de origen persa y estarían aún más protegidos. En el ejército romano tardío los títulos de las unidades indican que los clibanarios tenían un prestigio mayor: una unidad, la schola scutariorum clinanariorum, pertenecía a la Guardia (Schola), y varias pertenecían a los palatini o ejército de maniobra. Los datos indican que mientras que los catafractos aparecen en Roma con Adriano, las unidades llamadas de clibanarios no se documentan hasta finales del s. III d.C., más de siglo y medio después.



Centurión romano y Legionario romano con un prisionero godo.



Soldados romanos de infantería y caballería. Siglo IV d.C.

La documentación referida al tamaño de las unidades, y sobre todo a su organización interna, es muy escasa. Por otra parte, conviene señalar que se tiende a presuponer la existencia de un sistema de tamaño de las unidades rígido, del cual no tenemos indicios sólidos. A nuestro modo de ver, la falta de tales evidencias es posiblemente un signo de que tal sistema otorgaba a las unidades un tamaño flexible, que quizá variase en función de las necesidades o de las posibilidades del momento. En cualquier caso, de los pocos testimonios con que contamos podemos extraer que, en general, el tamaño de las unidades se reduce. La legión de alrededor de 5.000 efectivos, bien documentada en épocas anteriores, deja de existir en el Bajo Imperio, aunque no podemos determinar con seguridad en qué momento lo hizo, ni tampoco las causas. Vegecio afirma que, al menos en tiempos de Diocleciano, algunas legiones mantenían hasta 6.000 efectivos. En general, se acuerda para una legión de un ejército de campo un número de efectivos en torno a 1.000 ó 1.200 soldados durante el siglo IV. En cuanto a los auxillia pallatina, estos es posible que alcanzasen el mismo tamaño, o bien que rondasen los 500 ó 600 individuos. Las vexillationes de caballería parece que tendrían 600 jinetes. Las scholae, como ya se ha dicho, estaban formadas por 500 soldados. Pero estas estimaciones no son más que teóricas, pues las pocas evidencias parecen apuntar a que cada unidad sólo contaría con dos tercios de su totalidad al mismo tiempo. La falta de evidencias acerca de las unidades de limitanei no nos permite determinar si tenían un número de efectivos parejo al de las unidades de campo. En cuanto al número total de efectivos militares en el Bajo Imperio, las tradicionales estimaciones de A. H. M. Jones basadas en la obra de Agatías, autor del siglo VI, han sido desechadas. Agatías daba un total de 645.000 efectivos para el ejército “de los viejos tiempos”, refiriéndose supuestamente al de época de Constantino. Jones estimó que el número que daba Agatías incluía las fuerzas navales, y basándose en sus propios cálculos sobre la Notitia Dignitatum, propuso un total de 600.000 efectivos. Finalmente se impuso la revisión de R. Duncan-Jones, que consideró que Jones había sobreestimado el tamaño de las unidades entre dos y seis veces. Las cifras de Duncan-Jones reciben el apoyo de un corpus importante de pruebas arqueológicas de todas las fronteras imperiales que sugieren que las fortalezas tardías fueron diseñadas para acomodar guarniciones mucho más pequeñas que sus predecesoras del Principado. Cuando estos sitios se pueden identificar con fuertes enumerados en la Notitia, el resultado es que las unidades residentes eran también más pequeñas. Los ejemplos incluyen la Legio II Herculia, creada por Diocleciano, que ocupaba sólo una séptima parte de una base militar típica del Principado.

En Abusina en el Rhin, la Cohors III Brittonum fue ubicada en una fortaleza que constituía sólo el 10% del tamaño del antiguo fuerte de época de Trajano. Estas evidencias deben ser tratadas con cautela, ya que la identificación de sitios arqueológicos con topónimos de la Notitia es a menudo provisional, y algunas veces las unidades en cuestión pueden ser destacamentos (la Notitia suele mostrar la misma unidad en dos o tres lugares diferentes al mismo tiempo). Sin embargo, el peso de la evidencia arqueológica favorece tamaños pequeños para las unidades de frontera. Al mismo tiempo, los trabajos más recientes han sugerido que el ejército regular del siglo II era mucho más grande que el total de 300.000 efectivos tradicionalmente asumido. Esto se debe a que los auxiliares del siglo segundo no sólo eran iguales en número a las legiones como a comienzos del siglo primero, sino el doble de grandes que algunas de ellas. El ejército del Principado probablemente llegó a tener 450.000 efectivos (sin contar flotas y foederati) afinales del siglo segundo. En todo caso, las estimaciones de las fuerzas del ejército del Principado se asientan sobre la base de muchas pruebas más firmes que en el periodo bajo imperial, donde las cifras son mucho más especulativas.



Soldado de la Cohors III Brittonum

A finales del siglo IV el imperio tenía una deficiencia crónica en cuanto a su capacidad de reclutar suficientes tropas de entre su propia población. Como alternativa, el incremento de impuestos internos se utilizaba cada vez en mayor medida para pagar a los reclutas bárbaros, cuyo número iba en aumento. Los romanos, en algunos momentos, habían reclutado a soldados no romanos individuales para formar en las unidades militares regulares. Sin embargo, en el año 358 d. C. esta práctica se aceleró mediante la adopción a gran escala de todos los francos dentro del imperio, permitiendo con ello acceder a una gran base de población que reclutar. En contraprestación por permitírseles establecerse como foederati en el norte de la Galia, cerca del Rhin, los francos tendrían la obligación de defender las fronteras del imperio en su territorio y de proveer tropas para que prestasen el servicio militar como unidades romanas. Los godos también fueron admitidos en el imperio en calidad de foederati. Las graves pérdidas que sufrió el ejército romano durante la batalla de Adrianópolis causaron, irónicamente, que el imperio romano se viese obligado a apoyarse todavía más en las tropas de foederati como apoyo a las suyas propias. En el año 382 la práctica se extendió de forma radical cuando las tropas federadas fueron reclutadas en masa como contingentes aliados de tropas laeti y foederatii separadas de las unidades romanas existentes.



Relieve del siglo VI representando a un caballero sasánida en Taq-i-Bostan, Irán. Éste sería el modelo del catafractarii romano.

Los cambios en el armamento del ejército romano tienen su máxima representación en el abandono, desde el siglo III, de gladius y pilum en favor de spatha y lancea, así como el gradual abandono de la lorica segmentata. Estos cambios se reflejan en una importante transformación de las tácticas de combate de la legión, que se desarrollaron hacia formaciones más compactas tipo falangítico, si bien se conservó la flexibilidad táctica. A partir del reinado de Galieno (253 -268) el aumento de los problemas en las fronteras y la fuerte inestabilidad interna del Imperio dieron lugar a la obstaculización de las vías de distribución del equipo militar desde las fabricae imperiales hasta los lugares donde se encontraban las tropas, lo que se refleja en una falta de uniformidad en equipamiento. Respecto al equipamiento defensivo, tradicionalmente se ha aceptado que este se aligeró a partir del siglo III. Estas afirmaciones se basaban en el supuesto abandono en este siglo de cascos y corazas. Sin embargo, los últimos estudios han demostrado lo contrario. Se han producido hallazgos que hacen suponer que la mayor parte de los infantes utilizaba yelmo, coraza y escudo. Además, algunas unidades de caballería tenían armaduras incluso más pesadas que las de infantería. Es el caso de los catafractos y los clibanarios, unidades en las que, tanto el jinete como el caballo, utilizaban fuertes armaduras.



A mediados del siglo III d. C. se constata el abandono en las legiones de los modelos de scutum de épocas precedentes, principalmente del scutum rectangular, en favor de los modelos de forma oval, más o menos amplios y cada vez más planos. Es posible que esto se deba al auge en el siglo III d. C. de las tácticas de escudos a las que los escudos ovales planos se adaptarían mejor. Los escudos romanos, no obstante, estaban provistos de un umbo circular de metal en el centro, por lo que estaban pensados para la lucha individual cuerpo a cuerpo y no eran aptos para acometer una táctica de falange de estilo griego, es decir, no servían para empujar unas filas sobre otras.



La spatha, a pesar de ser un arma potente pensada para los ataques de filo, no puede despreciarse como arma de estoque.

Lancea



En cuanto a los cascos, en el siglo II d.C. se produce una fusión de las influencias galas e italianas en la fabricación de yelmos para las legiones que da lugar a un mayor grado de estandarización y simplificación. Comienza a difundirse un modelo de casco que, caracterizado por su sencillez de ejecución, practicidad y bajo coste, se empleó en Europa durante toda la Antigüedad tardía: el spangenhelm. Este yelmo se caracteriza por su construcción en segmentos, generalmente cuatro, unidos entre sí, lo que facilitaba su producción en serie. Contaba con carrilleras articuladas y podía o no tener cubrenuca. Por tanto, se pasa de los modelos altoimperiales en una sola pieza y cuidadosamente elaborados por artesanos independientes, a un nuevo sistema que desembocó a partir de Diocleciano en las fabricae imperiales, en un intento de paliar el deterioro de las estructuras tradicionales de producción.

Las protecciones corporales favorecen mucho el cuerpo a cuerpo de la infantería pesada. La coraza debía ser lo suficientemente resistente para proteger al portador, pero no debía impedir su movilidad. Si bien durante el siglo III d. C. continúan en uso los tres tipos de coraza conocidas y empleadas en el ejército romano del Alto Imperio, progresivamente se fue abandonando la Lorica segmentata (coraza de placas) a favor de las cotas de escamas (Lorica Squamata) y de malla (Lorica hamata).

LOS EJÉRCITOS

Llegados a este punto debemos plantear la cuestión de las unidades y sus números. No es fácil dar un número exacto de los soldados que constituían los ejércitos de ambos contendientes. En cuanto a las fuerzas romanas, disponemos de la inestimable ayuda de la *Notitia Dignitatum* que hace una relación completa de los diferentes cargos civiles y militares del imperio, pero se ha considerado por los historiadores que los datos de la parte occidental y de la parte oriental son de fines del siglo IV o principios del V d. C. Eso significa que refleja un estado de cosas posterior a la batalla de Adrianópolis. Así, el ejército presencial de oriente, acuartelado en Constantinopla, estaba dividido en dos: ambos formados por 12 unidades de caballería y 24 de infantería; el ejército de Tracia estaba compuesto de 7 unidades de caballería y 21 de infantería. No hay certeza sobre el grado de similitud que estas cifras tienen con la organización del ejército de oriente en el año 378. Muchas unidades citadas en la *Notitia* fueron reclutadas después de Adrianópolis y muchas otras eran limitaneas que pasaron a ser pseudocomitatenses. Faltaban tropas y Teodosio las obtuvo de todas partes, de donde pudo. Pocas unidades de las que intervinieron en la batalla desgraciadamente son citadas por las fuentes, de modo que no podemos saber cuánta diferencia había entre el ejército de Valente y el de la *Notitia*.



No obstante, hay pistas en las fuentes que podemos seguir para poder al menos conformar una cierta idea sobre el ejército que luchó en Adrianópolis. Amiano dice que el Augusto Valente iba al mando de tropas diversas y que había muchos veteranos. Lo cual supone que llevaba consigo todas las tropas que pudo retirar del frente persa, muy probadas en la lucha contra Sapor, dejando el resto vigilando los movimientos del Persa, y además veteranos reenganchados para la campaña. Eso significa, según MacDowall, que la división del ejército acuartelado en Constantinopla en dos, como refiere la *Notitia*, bien pudo haber ocurrido en este momento preciso: un ejército de campaña y otro de reserva. Si fuera así, y teniendo en cuenta los datos de la *Notitia*, en teoría el número de soldados de Valente sería de unos 21.000. Pero como las unidades no habrían estado en su número completo (casi nunca lo estaban), podemos hablar de unos 15.000 a 20.000 soldados bajo el mando del Augusto. Las restantes unidades que ya estaban operando en Tracia es posible que estuvieran tan gastadas después de casi tres años de duros combates que no tomaran parte, salvo algunas de calidad, en la batalla.

Una posible composición del ejército Romano en Adrianópolis pudiera ser: 1.500 escolares, 1.000 jinetes palatinos, 1.500 jinetes comitatenses, 5.000 legionarios palatinos y 6.000 auxiliares palatinos. A las cuales agregar, quizás, las tropas que habían estado pugnando de antes en Tracia. Siguiendo a MacDowall, las unidades que pudieron estar fueron:

1. En caballería:

A) Escolares: Scutarii Prima (caballería pesada), Scutarii Secunda (caballería pesada) y Scutarii Sagittarii (arqueros montados);

B) Vexillationes palatinas: Equites Promoti Seniores (caballería pesada) y Comites Sagittarii Iuniores (arqueros ligeros montados);

C) Vexillationes Comitatus: Equites Primi Scutarii (caballería pesada) y Equites Promoti Iuniores (caballería pesada);

2. Infantería:

A) Legiones palatinas: Lanciarii Seniores (infantería pesada) y Martiarii Iuniores (infantería pesada);

B) Auxilia palatina: Batavi Seniores (infantería pesada), Sagittarii Seniores Gallicani, Sagittarii Iuniores Gallicani y Tertii Sagittarii Valentis (los tres arqueros a pie). Los Cornutos (infantería pesada), vencidos en Dibalto, posiblemente también estuvieron en la batalla. Por su parte, John Fuller cifra en 60.000 los soldados Romanos que intervienen en Adrianópolis al mando de Valente. La misma cantidad de soldados nos transmite Matthew Bunson en su Enciclopedia del imperio Romano.

En cuanto al ejército Godo, pocos datos concretos hay sobre sus fuerzas. Se han ofrecido números bastante dispares. Así, Matthew Bunson en su citada obra habla de 100.000 bárbaros. Otros autores hablaban de 150.000 en total, o incluso 200.000, pero se considera poco probable, pues los exploradores romanos lo habrían sabido y Valente no hubiera entablado batalla contra tamañas fuerzas. La cifra de 10.000 que se dio a Valente la considera Amiano errónea, de modo que tuvieron que ser bastantes más. Hay que considerar que Fritigerno mandaba tropas procedentes de diversas tribus: había Tervingos, Greutungos, Alanos, Hunos y otros grupos bárbaros. A los cuales hay que unir los mineros tracios, los desertores (los Godos de Suerido y Colias), los campesinos arruinados, los esclavos Godos y otras gentes de diferente origen descontentas con el Estado Romano.



Caudillo Godo

Es muy atrevido dar cifras o un número exacto de guerreros Godos, pero podríamos (con todas las reservas) decir que serían entre 12.000 y 20.000 hombres. Tal vez el límite máximo sería de 17.000 a 18.000 hombres, pues si hubieran sido tantos como los romanos, quizás Valente no hubiera osado batallar. Siguiendo, una vez más, a MacDowall, la composición sería como sigue:

1. Tervingos:

A) Comitativa de Fritigerno: unos 1.000 hombres (caballería pesada);

B) Unidad de Suerido: 300-400 hombres (infantería pesada);

C) Unidad de Colias: 300-400 hombres (infantería pesada);

D) Lanceros: 6.000-8.000 hombres (infantería pesada);

E) Arqueros a pie: 1.000-1.200 hombres.

2. Greutungos:

A) Comitativa de Alateo: unos 500 hombres (caballería pesada);

B) Comitativa de Safrax: unos 500 hombres (caballería pesada);

C) Guerreros Greutungos: 2.000-3.000 hombres (caballería pesada);

D) Guerreros Alanos: 1.000-2.000 hombres (arqueros montados);

E) Guerreros Hunos: unos 500 hombres (arqueros montados);

F) Arqueros Greutungos: 500-1.000 hombres.

MOVIMIENTOS PREVIOS

Al amanecer del día 9 de Agosto del 378 d. C., habiendo dejado el Augusto Valente el tesoro y a los consejeros en la ciudad así como los bagajes e impedimenta junto a las murallas con la debida protección, los romanos partieron de su campamento en busca de los godos que se hallaban situados al norte de su posición. El campamento de carros godo estaría situado según estudios recientes en Muratçali (a 16 Km. de Adrianópolis), una elevación cuyos barrancos ofrecían buena protección por tres partes, fácil vista de los alrededores y suministro de agua y forraje (a 5 Km. del río Tundzha).

Maraçali (Turquia)

Uno de los posibles emplazamientos propuestos para el campamento de carros germano



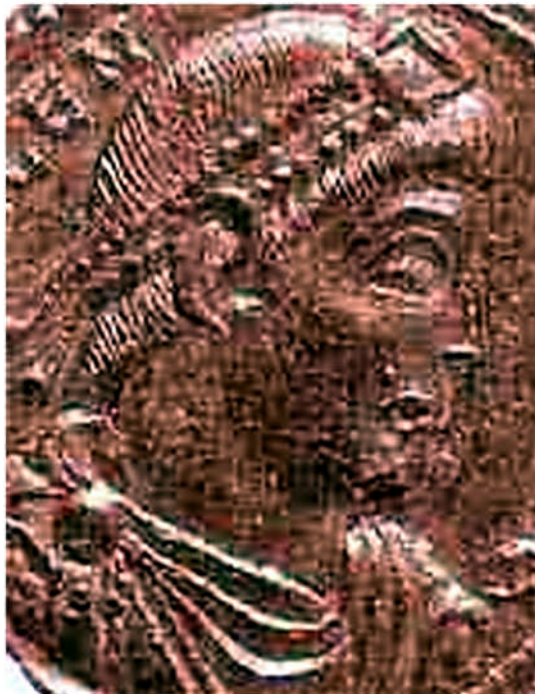
Las tropas Romanas marcharon en columna, a cuyo frente estaba la caballería que había de formar el ala derecha al mando del magister de caballería Víctor, a continuación la infantería a cuyo frente estaba Trajano magister de infantes y también Saturnino y después, cerrando la marcha, en retaguardia la caballería que había de ocupar el flanco izquierdo. Una orden de marcha bastante convencional. Recorrieron esa distancia por un terreno difícil y abrupto, lo que ralentizaba la marcha, haciéndola más penosa. Además era un día muy caluroso, lo que hizo que los hombres estuvieran cansados incluso antes de llegar al campo de batalla. Llegaron hacia las dos de la tarde ante los godos, tras unas siete horas agotadoras de marcha. Los bárbaros, más descansados, habían agrupado sus carros (unos 2.000-5.000 carromatos).



Figuras del ejército godo

Pudieron hacer esto o bien en un enorme círculo (Amiano habla de un círculo, ya en varios más pequeños, según apunta MacDowall, pues, arguye, dada el número enorme de carros, la línea única de los mismos habría tenido varios kilómetros de largo (unos 30), lo que considera poco probable a efectos de defensa. Considera más probable y tácticamente más acertado que hubiera dispuesto varios grupos de carretas, uno principal en el centro y luego varios grupos en los flancos para cubrir la formación Goda y, si hubiera peligro de ser envueltos por la caballería Romana, constituir un obstáculo a su avance, dando tiempo para enviar refuerzos que contraatacaran.

Delante de los carromatos colocó a su infantería, apoyada en dicho muro de carros, que le serviría de referencia en medio de la polvorienta planicie. Contra lo que se opina no se colocaron detrás sino delante de los carros. La forma de combate consistía en dejar a las mujeres, hijos y ancianos en la redondez del carrago y los guerreros formar una línea delante de los carromatos. Sólo si las cosas se ponían mal se retirarían y utilizarían los carromatos como muro. Llamaron a la caballería greutunga y alana que estaba forrajeando. Es de suponer la angustia de Fritigerno viendo a los Romanos desplegarse delante de él y su caballería entretanto sin llegar. Demostró ser un buen general y como tal no se imaginaria la victoria contra los romanos sin el apoyo de la caballería. Valente junto a Adrianópolis, a la cual había reforzado sus defensas añadiéndoles una empalizada exterior con foso, se dispuso a establecer su plan de batalla.



Valente

Disponía el emperador de dos opciones, la primera: esperar la llegada de Graciano con las fuerzas de los ejércitos occidentales, y la segunda: entablar batalla él solo. Al final se impuso la, parece, peor de las opciones, llegar a las manos con los bárbaros antes de que Graciano, con su reciente prestigio ganado defendiendo las fronteras occidentales, pudiese sumar sus fuerzas a las de Valente y, quizás, mermar así la gloria que a este le daría la derrota de tan molesto enemigo. Así pues, como tantas otras veces, la falta de lealtad y el egoísmo entre los dirigentes romanos permitieron a sus enemigos suplir, aprovechándose de esta suerte de debilidades, sus grandes carencias tácticas y estratégicas, permitiéndoles, como en esta ocasión, escapar de una destrucción segura con la adición de que, en la batalla que relataremos, a punto estuvieron de exterminar las fuerzas móviles con las que contaba la parte oriental del imperio romano. Establecidos los romanos junto a Adrianópolis, tan pronto como resolvieron enfrentarse a los bárbaros dejaron, con la debida protección, toda la impedimenta y bagajes junto a las murallas de la población (las insignias imperiales fueron introducidas, como mejor salvaguardia, dentro de la propia ciudad), partiendo luego de inmediato en busca del enemigo. Era la mañana del día 9 de agosto del año 378. El campamento bárbaro se encontraba a unas horas de la ciudad, de esta forma, allá a las dos de la tarde la columna romana diviso por fin la "muralla" de carromatos con la que los godos rodeaban, protegían, su campamento.

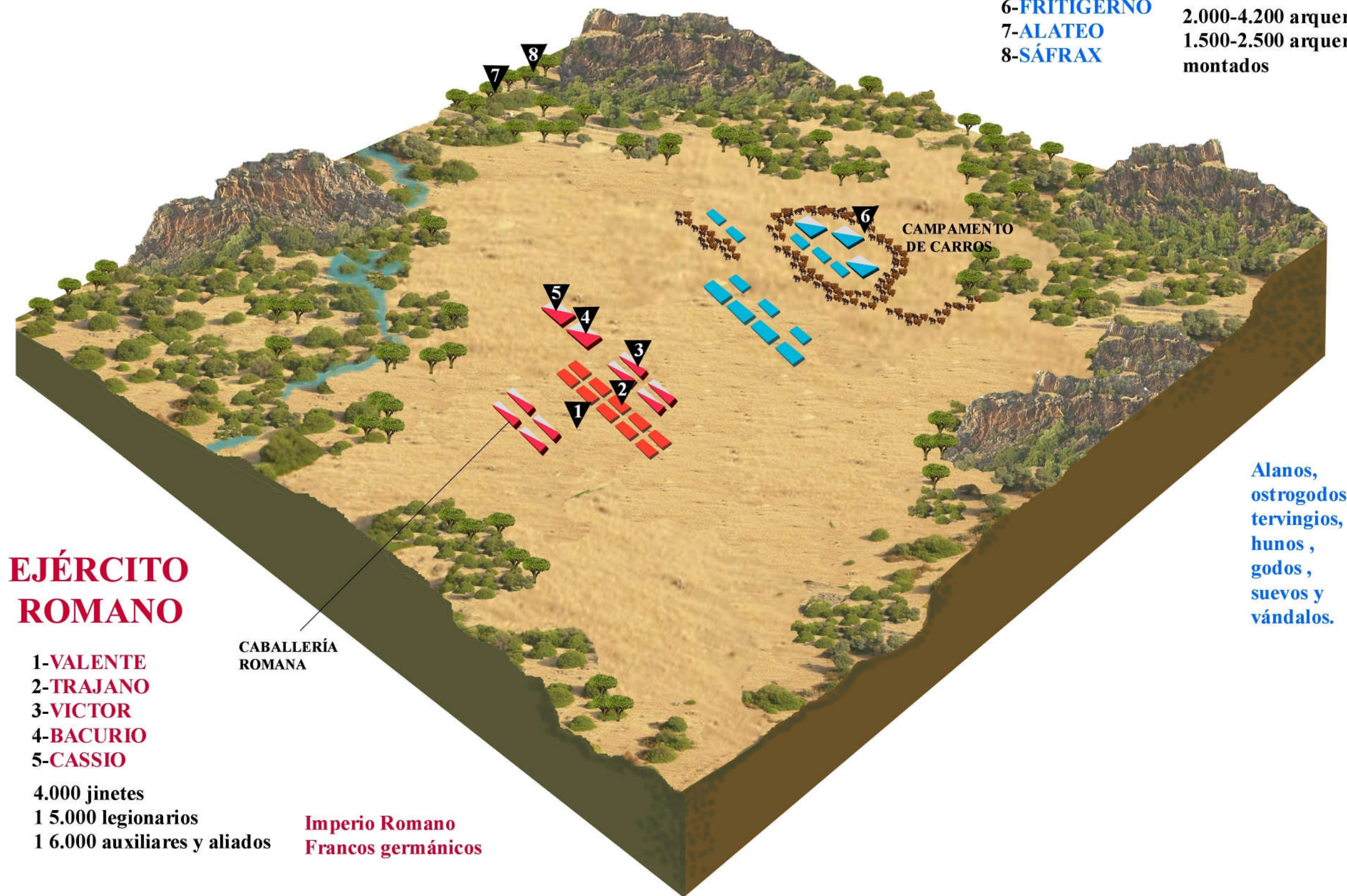
LA BATALLA DE ADRIANÓPOLIS

9 de agosto del 378

EJÉRCITO VISIGODO

6-FRITIGERNO
7-ALATEO
8-SÁFRAX

4.000-5.000 jinetes
80 carros
1 6.600-10.800 lanceros
2.000-4.200 arqueros
1.500-2.500 arqueros
montados



EJÉRCITO ROMANO

1-VALENTE
2-TRAJANO
3-VICTOR
4-BACURIO
5-CASSIO

4.000 jinetes
1 5.000 legionarios
1 6.000 auxiliares y aliados

CABALLERÍA ROMANA

Imperio Romano
Francos germánicos

Alanos,
ostrogodos,
tervingios,
hunos ,
godos ,
suevos y
vándalos.

Lentamente el ejército imperial comenzó a desplegarse, las alas de caballería ocuparon pronto su posición, al menos en el flanco derecho, porque los de la izquierda encontraban más dificultades debido a la ubicación, más retrasada, de la que partían. La infantería se fue situando en sus posiciones al tiempo que el ardor de los bárbaros, que les contemplaban desde sus posiciones, disminuía cuando observaban temerosos el abrumador despliegue de medios (o más bien, el orden y disciplina con que se situaban sobre el campo) de que hacían gala sus contrarios.



Adrianópolis en la actualidad

Llegó entonces ese momento de impas antes de la batalla. Frigiterno (el líder germano) estaba decidido a ganar tiempo, pues necesita del concurso de la mayor parte de sus jinetes para enfrentarse con garantías a los romanos (jinetes que se encontraban por ahora lejos del campamento realizando alguna batida). Por otro lado, el emperador también estaba inclinado a llegar, de ser esto posible, a algún tipo de arreglo y no exponerse a una siempre arriesgada batalla campal. Frigiterno logró gracias a ello, tal como deseaba, ganar el tiempo necesario hasta poder convocar para la batalla a sus más aguerrida caballería (gran parte de ellos ostrogodos). Mientras se desarrollaban las negociaciones, Frigiterno, lleno de astucia, ordenó quemar los campos circundantes, para que los Romanos padecieran mayor calor aún. Era verano, se calcula en 38° la temperatura en esas planicies tracias, estaban agobiados por el peso de las armas y, además, a la par que los animales, padecían de hambre y sed. Todo ello evidenciaba una falta de previsión y de intendencia notables.

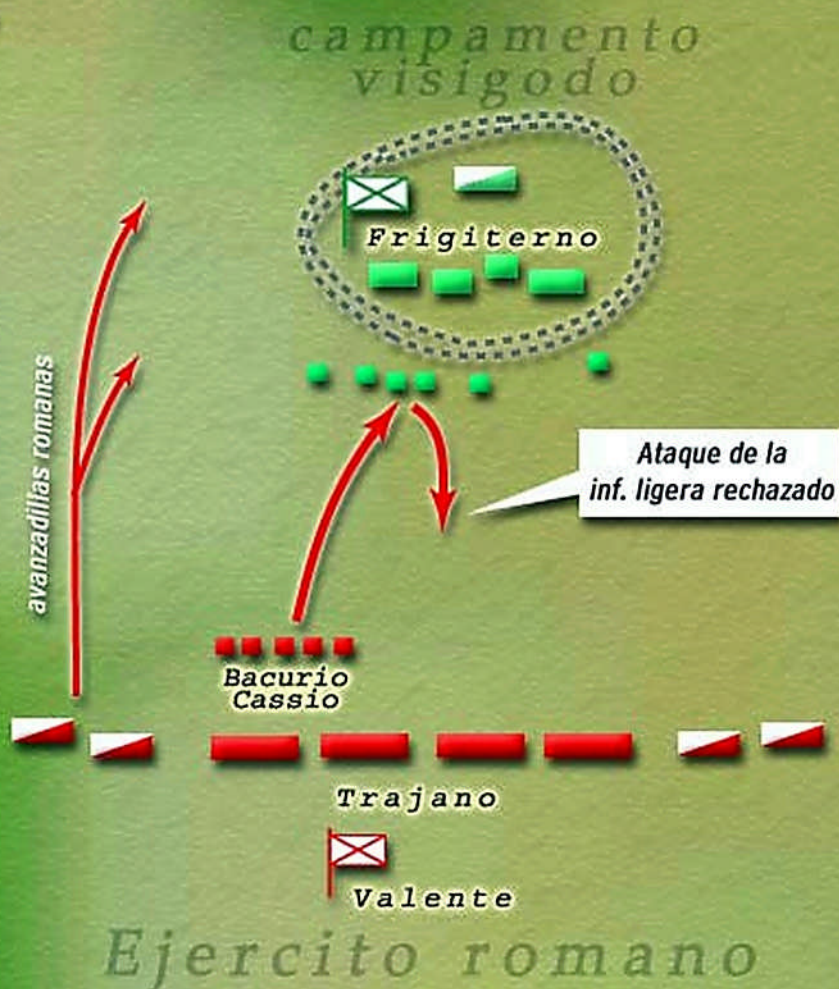
LA BATALLA

Fritigerno, temeroso de lo que pudiera ocurrir, solicitó rehenes como garantía de las negociaciones. El tribuno Equicio, amigo del emperador Valente, a quien se propuso primero, se negó de plano, porque habiendo antes sido prisionero de los bárbaros se había escapado y no quería volver a estar entre bárbaros nunca más. Se ofreció como voluntariamente Richomeris conde de los Domésticos a ir como rehén, lo que fue aceptado por todos, que se veían así libres del peligro de que la elección recayera en otro. Ha sido planteada la razón por la que a esas alturas de la campaña el Augusto Valente aceptó las negociaciones, sobre todo porque al partir de Adrianópolis parecía muy decidido a entablar batalla. Se han argüido varias causas: que la posición sobre el terreno de los Godos fuera más fuerte; que el número de bárbaros fuera mayor de lo que esperara; que pretendía un arreglo pacífico para que todos esos Godos pasaran a ser soldados en el ejército y mano de obra en los campos, lo cual era muy necesitado por el imperio; que demoraba el tiempo esperando la tan anunciada venida del Augusto Graciano. Sea como fuere, suya no fue la decisión final, ya que, mientras que Richomeris se disponía a encaminarse al campamento godo, ciertos oficiales de caballería decidieron comenzar el combate por su cuenta. La batalla iba a empezar.



En efecto, algunas unidades del ala derecha romana, los escutarios y los arqueros al mando de Bacurio, oriundo de Hiberia, y de Casio, no se limitaron a vigilar protegiendo a su infantería para luego desplazarse al flanco derecho, sino que cargaron, por su iniciativa, contra el flanco derecho de los godos. Lo que ocurrió no está claro. No se sabe con seguridad qué pensaron o qué pretendían cuando se extralimitaron en su misión. Es, por otra parte, difícil que atacaran a los carros. Más bien parece que estaban tentando puntos débiles en la formación goda y, en vez de conformarse con ello, detectaron algún punto débil y tentados por ello terminaron trabando combate en toda regla. Ferrill habla de “clásico error”. Y añade: el papel de las avanzadillas es mantener al enemigo a distancia con las armas de medio y largo alcance en el comienzo de la batalla. Pero las avanzadillas deben tener cuidado de no llegar a enfrentarse con el enemigo. No están entrenadas para luchar en formación o mantener una línea de batalla. Cuando dos fuerzas principales toman contacto, las avanzadillas deben volver a los lados de la retaguardia de su propio ejército. En líneas generales, no pueden defender su terreno y no se espera que lo hagan. Tal vez la soberbia de los escutarios, que como escolares eran tropa de élite, dio lugar a tal indisciplina, olvidándose con ello que la más importante de las ciencias es la de ser mandados y mandar. En cualquier caso, este movimiento lo hicieron al margen del resto de las unidades del ala derecha, que se pusieron en su lugar en el frente de batalla (flanco derecho) bajo el mando del magister de caballería Víctor, y cuando la infantería aún se estaba desplegando y la caballería del ala izquierda estaba alcanzando todavía su posición.

I Fase



Batalla de Adrianópolis, año 378.

LA BATALLA DE ADRIANÓPOLIS

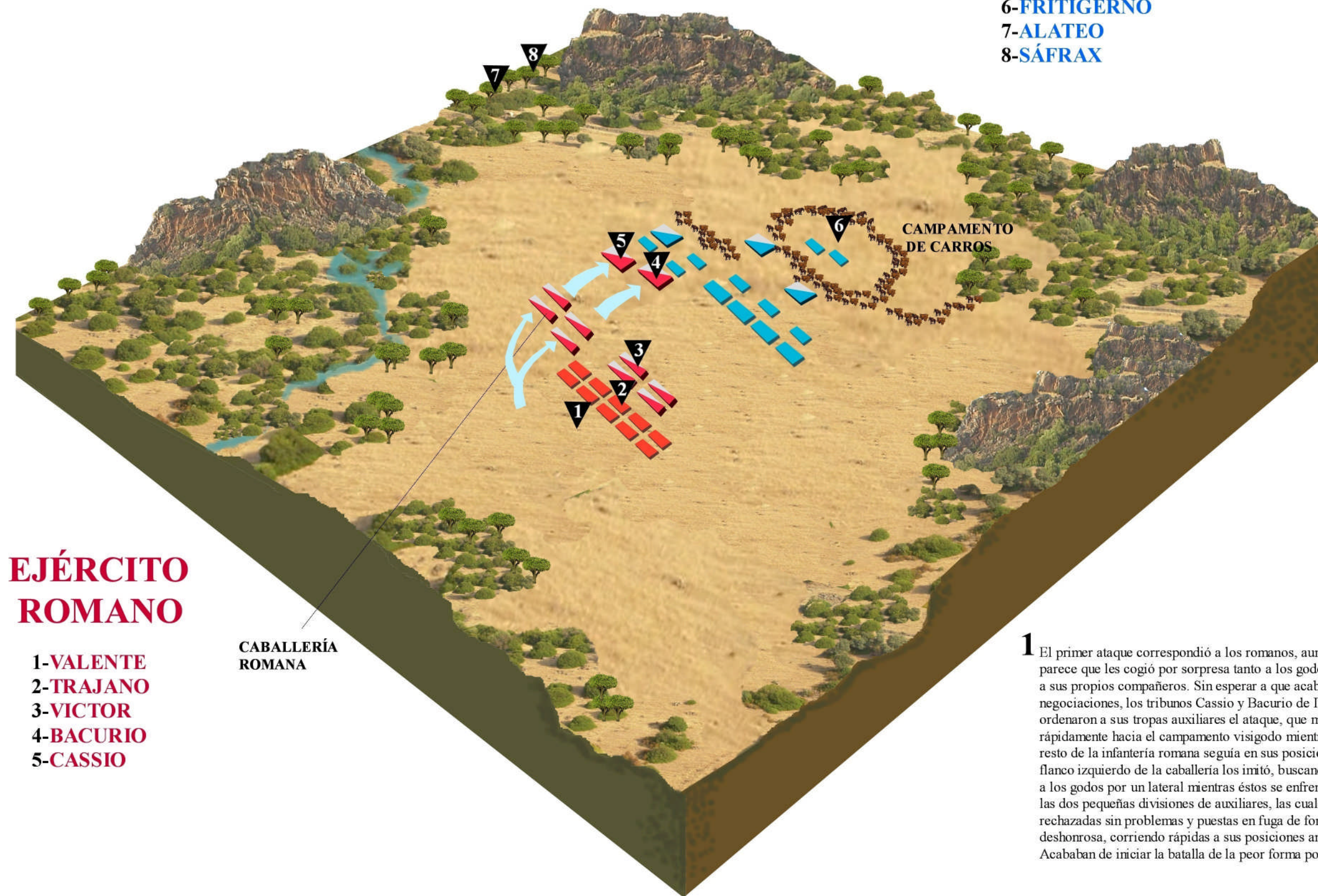
PRIMER ATAQUE

EJÉRCITO VISIGODO

6-FRITIGERNO

7-ALATEO

8-SÁFRAX



EJÉRCITO ROMANO

1-VALENTE

2-TRAJANO

3-VICTOR

4-BACURIO

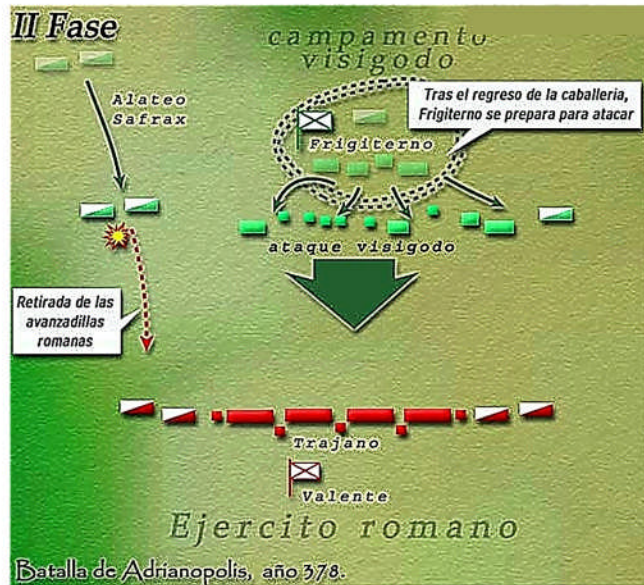
5-CASSIO

CABALLERÍA
ROMANA

1 El primer ataque correspondió a los romanos, aunque parece que les cogió por sorpresa tanto a los godos como a sus propios compañeros. Sin esperar a que acabasen las negociaciones, los tribunos Cassio y Bacurio de Iberia ordenaron a sus tropas auxiliares el ataque, que marcharon rápidamente hacia el campamento visigodo mientras el resto de la infantería romana seguía en sus posiciones. El flanco izquierdo de la caballería los imitó, buscando atacar a los godos por un lateral mientras éstos se enfrentaban a las dos pequeñas divisiones de auxiliares, las cuales fueron rechazadas sin problemas y puestas en fuga de forma deshonrosa, corriendo rápidas a sus posiciones anteriores. Acababan de iniciar la batalla de la peor forma posible.

Bacurio y Casio, tras breve lucha, fueron rechazados y trataron de reagrupar a sus tropas ecuestres, pero no pudieron hacerlo, pues en ese preciso instante regresaron Alateo y Safrax con la caballería bárbara, los cuales se arrojaron sobre ellos como un rayo que se precipita entre las montañas. Una vez que Figiterno recibió de vuelta a los jinetes de Alateo y Safrax, y, probablemente, con el pretexto del inexcusable ataque de Bacurio y Casio, dio por terminadas las conversaciones y se aprestó para la batalla.

El regreso de la caballería de los ostrogodos Alateo y Safrax devolvió el dominio del campo a los germanos, en donde sus jinetes, ahora de vuelta, camparon por sus respetos arrollando a todos los merodeadores romanos que encontraron en sus cercanías. Una vez reorganizados los germanos pasaron a un ataque general. Cargaron entonces contra las líneas imperiales descargándose mutuamente, tanto unos como otros, todos los proyectiles de que disponían. Se arrojaron dardos y lanzas ambas partes primero, chocando después sus escudos y celebrándose entre ellas un combate con avances alternativos, como los vaivenes de las olas del mar, tras lo que, llegados a las manos, hicieron uso de sus armas.



Godos atacando a un romano en Adrianópolis

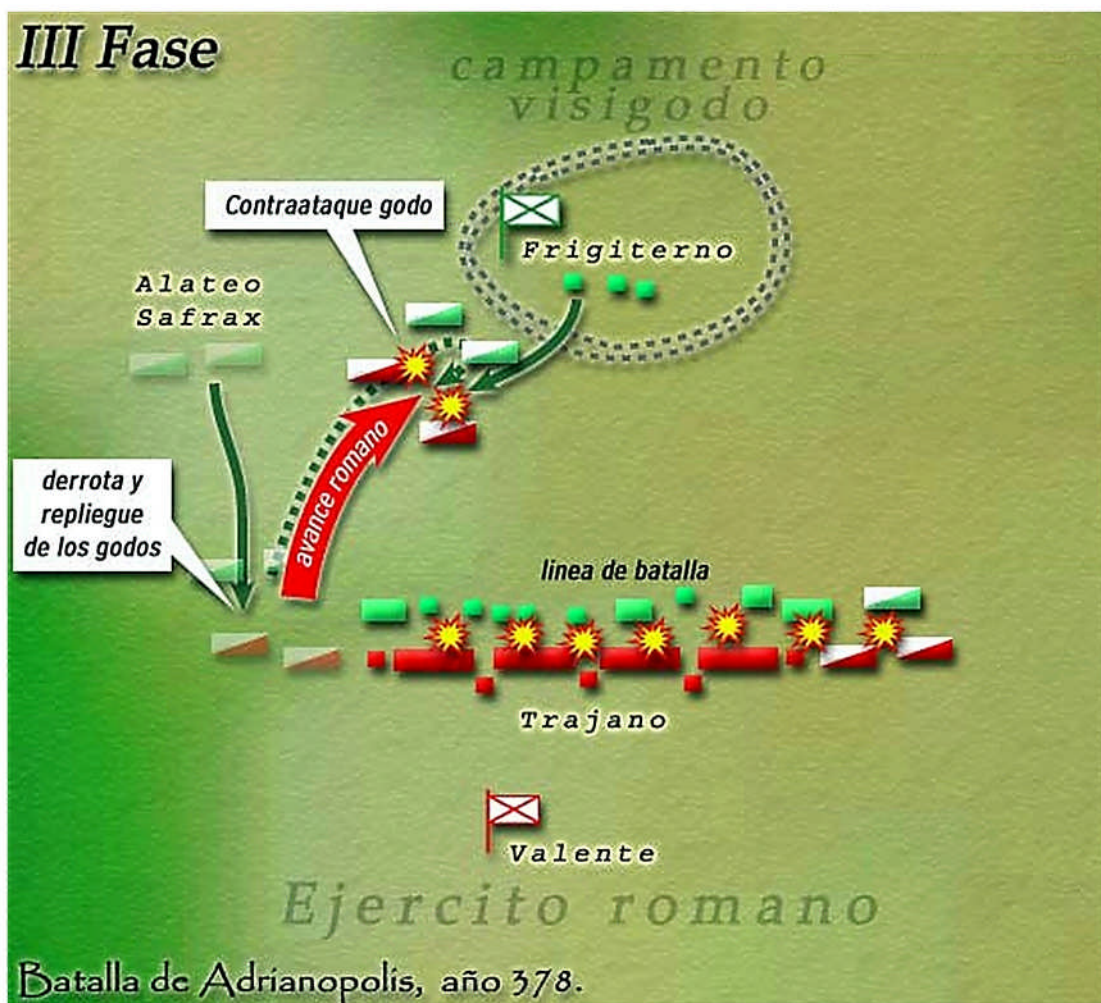
Es de destacar que los romanos no se percataron de la llegada de la caballería bárbara. Una explicación probable es que iniciaran el regreso en cuanto vieran el polvo que levantaba el ejército romano al avanzar y que volvieran por el curso del río Tundhza, un afluente del río Hebro (actual Maritsa). Como era verano, su caudal sería escaso, quizás un palmo de profundidad, que permitió correr por su cauce sin levantar polvo que pusiera sobreaviso a los romanos. A la vez que aparecían los jinetes bárbaros, Frigiterno, como ya hemos comentado, apercebido de su venida, lanzó a su infantería contra la romana.

La línea romana resistió mal que bien la dura carga de los germanos, comenzando así un largo combate cuerpo a cuerpo, en el que ambos contendientes sufrieron enormes bajas. Las líneas romanas combatían con denuedo. En el centro, la infantería resistía ahora con fuerza, delegando así en las alas la resolución, o al menos, las posibilidades de acabar con éxito el encuentro. El ala izquierda de caballería empujó a sus contrarios hasta la propia empalizada de carros.



La batalla de Adrianópolis, por Angus Mc. Bride.

Este es el momento clave de la batalla, el flanco romano, que ha avanzado hasta el propio campamento enemigo, pierde su empuje al no recibir entonces las necesitadas tropas de refuerzo con las que concluir la tarea de romper la resistencia enemiga en el sector. Amiano da ahora a entender que el contraataque germano, probablemente apoyado en la guarnición del emplazamiento bárbaro, quebró finalmente la línea de avance de la caballería imperial. De esta forma, el flanco romano, por no haber recibido refuerzos cuando más necesitado estaba de ellos, se vio rebasado por la fiera respuesta de sus adversarios, quienes poco a poco empezaron a rechazar una a una a las diferentes unidades de caballería que les hacían frente. Cuando la desproporción se hizo evidente, los restos de la caballería romana que todavía luchaban en ese flanco fueron finalmente destrozados y puestos en fuga.



De este texto se colige que una parte se lanzó al ataque, venciendo a los godos que perseguían desordenados a los jinetes del ala derecha de Bacurio, llegando en su victoria hasta los carros de los bárbaros, mientras que otra parte del ala izquierda, influida sin duda por la huida de Bacurio y Casio, huyeron sin luchar. La parte que luchó no tuvo apoyo del resto, que huyó, ni de la infantería, que ya trababa combate con los guerreros de Fritigerno.

LA BATALLA DE ADRIANÓPOLIS

1 Fritigerno dio las conversaciones por terminadas y ordenó atacar en ese momento, haciendo salir a la mayoría de sus hombres del campamento en busca de los romanos. Entonces apareció a su derecha el enorme ejército de jinetes al mando de Alateo y Safrax, que se encontró de cara con el destacamento de caballería del flanco izquierdo romano, el cual fue obligado a retroceder hacia sus posiciones originales después de ocasionarle numerosas bajas. Los visigodos controlaban ya el terreno, y al acercarse a las líneas romanas, comenzaron a lanzarles las armas arrojadizas que portaban. Los romanos aguantaron como pudieron la lluvia de proyectiles hasta que las líneas godas llegaron hasta ellos, comenzando en ese momento el combate cuerpo a cuerpo.

EJÉRCITO VISIGODO

6-FRITIGERNO

7-ALATEO

8-SÁFRAX

EJÉRCITO ROMANO

1-VALENTE

2-TRAJANO

3-VICTOR

4-BACURIO

5-CASSIO

CABALLERÍA ROMANA

CAMPAMENTO DE CARROS

2

Mientras la infantería y el flanco derecho de la caballería combatían contra sus homólogos bárbaros, sufriendo numerosas bajas en ambos bandos, la caballería del flanco izquierdo romano se revolvió y atacó de nuevo a Alateo y Safrax. Tal maniobra les cogió desprevenidos y permitió a los romanos hacerles retroceder, adelantándose en el campo de batalla prácticamente hasta los carros visigodos. Se considera que éste fue el punto de inflexión de la batalla, pues de haber recibido entonces ayuda de otras unidades, quizá la caballería romana hubiese podido poner en fuga a la bárbara, a pesar de que le superaba en número, y atacar por detrás a la infantería visigoda. La caballería romana comenzó a verse ampliamente superada, a medida que perdía empuje y no recibía ayuda, mientras que a la caballería visigoda se sumaban hombres a pie de las tropas que habían quedado dentro del campamento, incluido el propio Fritigerno. La desproporción de fuerzas se hizo patente y lo que quedaba de la caballería romana en ese flanco fue destrozada, huyendo los pocos supervivientes del campo de batalla.

LA BATALLA DE ADRIANÓPOLIS

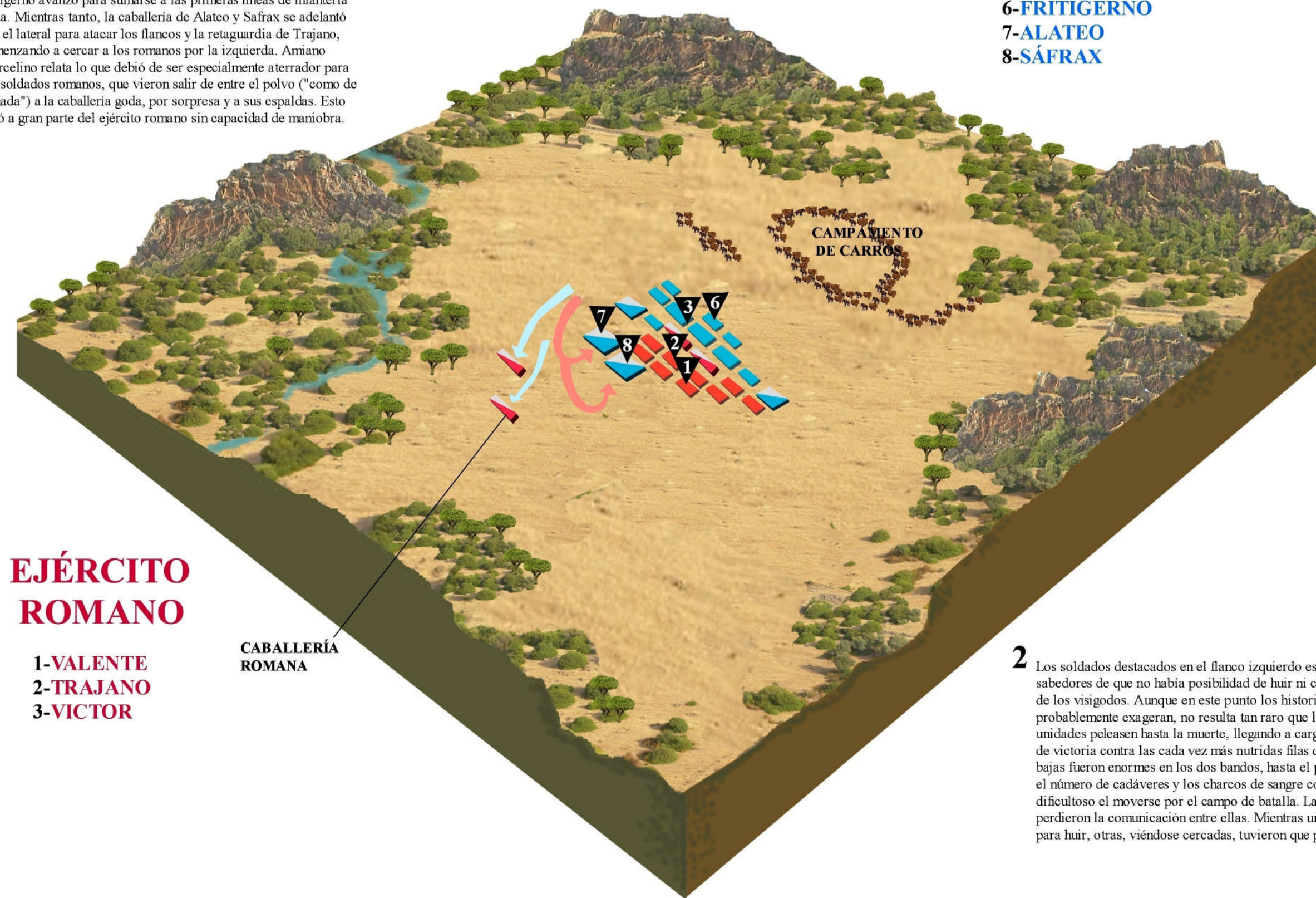
1 Una vez puestos en fuga los equites romanos, la infantería de Fritigerno avanzó para sumarse a las primeras líneas de infantería goda. Mientras tanto, la caballería de Alateo y Safrax se adelantó por el lateral para atacar los flancos y la retaguardia de Trajano, comenzando a cercar a los romanos por la izquierda. Amiano Marcelino relata lo que debió de ser especialmente aterrador para los soldados romanos, que vieron salir de entre el polvo ("como de la nada") a la caballería goda, por sorpresa y a sus espaldas. Esto dejó a gran parte del ejército romano sin capacidad de maniobra.

EJÉRCITO VISIGODO

6-FRITIGERNO

7-ALATEO

8-SÁFRAX



EJÉRCITO ROMANO

1-VALENTE

2-TRAJANO

3-VICTOR

CABALLERÍA ROMANA

2 Los soldados destacados en el flanco izquierdo estaban ya perdidos, sabedores de que no había posibilidad de huir ni clemencia que esperar de los visigodos. Aunque en este punto los historiadores latinos probablemente exageran, no resulta tan raro que los hombres de esas unidades pelearan hasta la muerte, llegando a cargar sin posibilidades de victoria contra las cada vez más nutridas filas de bárbaros. Las bajas fueron enormes en los dos bandos, hasta el punto de que pronto el número de cadáveres y los charcos de sangre comenzaron a hacer dificultoso el moverse por el campo de batalla. Las unidades romanas perdieron la comunicación entre ellas. Mientras unas aprovecharon para huir, otras, viéndose cercadas, tuvieron que pelear hasta el final.

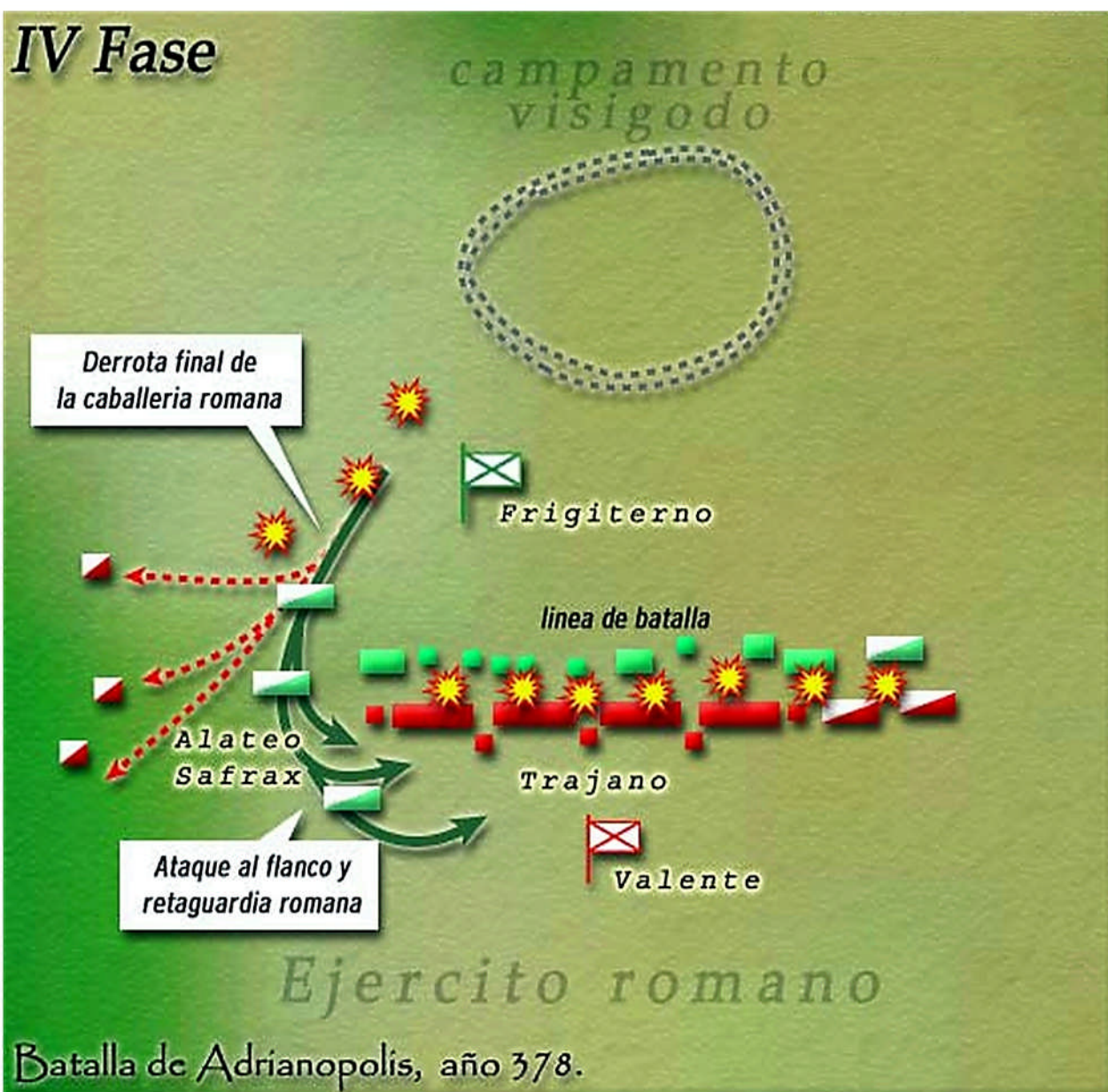
Una vez que el lado izquierdo quedo abierto para los enemigos, la infantería del centro romano comenzó a ser envuelta por el flanco. La densidad del polvo seco del verano levantado por los combatientes en el ardor de la refriega, impidió a estos aperebirse del peligro que les acechaba por su izquierda, de repente y sin estos esperararlo, se vieron atacados de flanco y por la espalda, siendo en esta ocasión un serio perjuicio las disciplinadas y compactas formaciones que los romanos presentaban ante sus enemigos.



Alateo y Safrax atacaron el flanco abierto y desprotegido de la infantería romana, que mantenía lucha mortal con los guerreros tervingos. La caballería romana del ala derecha, al mando de Victor, al parecer, aguantó más tiempo, pero finalmente se vio sobrepasada, fue rota y huyó. Eso dio lugar a un nuevo Cannas: la infantería romana abandonada totalmente por su caballería se encontraba rodeada y presionada por todos los flancos. Sin espacio para maniobrar debido al virulento y cercano ataque de los jinetes godos, los infantes imperiales se veían imposibilitados de responder adecuadamente, es decir, maniobrando con sus unidades, viéndose impelidos así a luchar por sus vidas en una desordenada y sangrienta melé.

Las bajas por ambos bandos fueron enormes, los romanos no esperaban clemencia, por lo que vendieron caras sus vidas. Los germanos no querían aflojar la soga, así que presionaban con fuerza. Llegados a un punto de no retorno, no eran pocos los romanos que buscaban ya, en una muerte rápida a la par que gloriosa, el fin de la jornada, lanzándose espada en mano contra nutridas filas de los godos. Aquí y allá los actos de valor y desesperación cubrían el campo de batalla, se cuenta como la sangre y los cuerpos de los caídos hacían, si cabe, más dificultoso el combate, en donde no eran pocos los que resbalaban y caían debido a los resbaladizos charcos de sangre. Finalmente, tras un larga y agotadora lucha, los romanos comenzaron a perder toda suerte de cohesión, las unidades menos expuestas a sus rivales pudieron comenzar a retroceder, otras, envueltas, combatieron hasta la muerte.

IV Fase





Maqueta simulando un sector de las posiciones romanas durante la famosa batalla. Algunas de las unidades imperiales que se pueden hacer ubicar en la batalla serian:

**La Legión I Itálica,
los Lancearii Seniores,
Lancearii Stobenses,
Mattiarri Seniores,
Mattiarri Iuniores y
Mattiarri Constantes.**

Así lucharon, no obstante, por cierto tiempo. Tuvo que ser para los romanos enloquecedor el polvo, los gritos, la sed, el hambre, el calor, la sangre que hacía el suelo resbaladizo, la agonía de los camaradas que caían al lado y eran pisoteados, y la terrible incertidumbre, que les oprimía el pecho, sobre el resultado de la batalla, la cual se les estaba escapando de entre las manos. En medio de un tumulto y de una confusión tan grandes, los infantes, exhaustos por el esfuerzo y los peligros, como ya no disponían ni de fuerzas ni de lucidez mental, dice Amiano, rotas las lanzas, desenvainaron sus espadas y atacaron a los godos en un último y desesperado asalto. Con ello se demostraba la enorme profesionalidad de unos soldados, que, además de bien entrenados y equipados, eran veteranos. Los bárbaros peleaban con fiereza y se mantenían firmes, de modo que los romanos se enfrentaban con tanta fuerza a los que se les echaban encima que algunos llegaron incluso a morir por las armas de sus propios camaradas. Estaban ya tan asediados por todas partes, que los romanos apiñados morían ensartados accidentalmente en las armas de sus conmitones.



Esto ya no iba a durar mucho más. Estando el sol en su declive, pues ya atardecía, los infantes romanos, agotados por el hambre, la sed, el peso de sus armas y el entumecimiento de su cuerpo por el grandísimo esfuerzo realizado, cedieron. Las líneas se vinieron abajo y cada uno buscó su salvación en la huida. Ya era patente la huida general cuando el emperador corrió a refugiarse entre las fuerzas de caballería que todavía resistían los embites del enemigo, pues, aquí y allá, aun podían encontrarse diferentes unidades defendían todavía sus posiciones, cuando los más habían ya emprendido la huida. Los generales Trajano y Víctor acompañaban al emperador en aquellos momentos, intentando sin éxito reorganizar a algunas unidades auxiliares para mantener una defensa más férrea en las posiciones que ocupaba ahora Valente.

Los godos, llenos del furor propio de su raza, empezaron una persecución sin piedad de los fugitivos, a los que fueron matando o rematando según el estado de salud que cada cual tenía. Había soldados que todavía estaban incólumes, otros heridos de diversa consideración y otros, yacientes en el suelo con terribles heridas, rogaban lastimeramente el último golpe que pusiera fin al tormento de seguir viviendo. Miles de hombres y de animales quedaron en el sitio, saturando de sangre la tierra.



Última resistencia de los soldados romanos de Valente

Viendo el desastre que ya se cernía en toda su crudeza, el general Trajano pidió al general Víctor que llamara a cuantas reservas quedaran, pues de lo contrario el emperador se vería sólo defendido por extranjeros, es decir, que todo estaría perdido. Víctor desde la derrotada ala derecha, trató de hacer un último esfuerzo y buscó rauda a los bátavos, auxiliares palatinos, que estaban en retaguardia como reserva, para lanzar un contraataque. Pero se encontró con que habían también huido sin haber siquiera entrado en combate. Estos hombres, que se deshonraron para siempre ante la historia con su conducta, no comprendieron que es preferible morir luchando que salvarse huyendo, puesto que para un soldado es difícil encontrar un pretexto para salvarse pero fácil encontrar otro para morir.

LA BATALLA DE ADRIANÓPOLIS

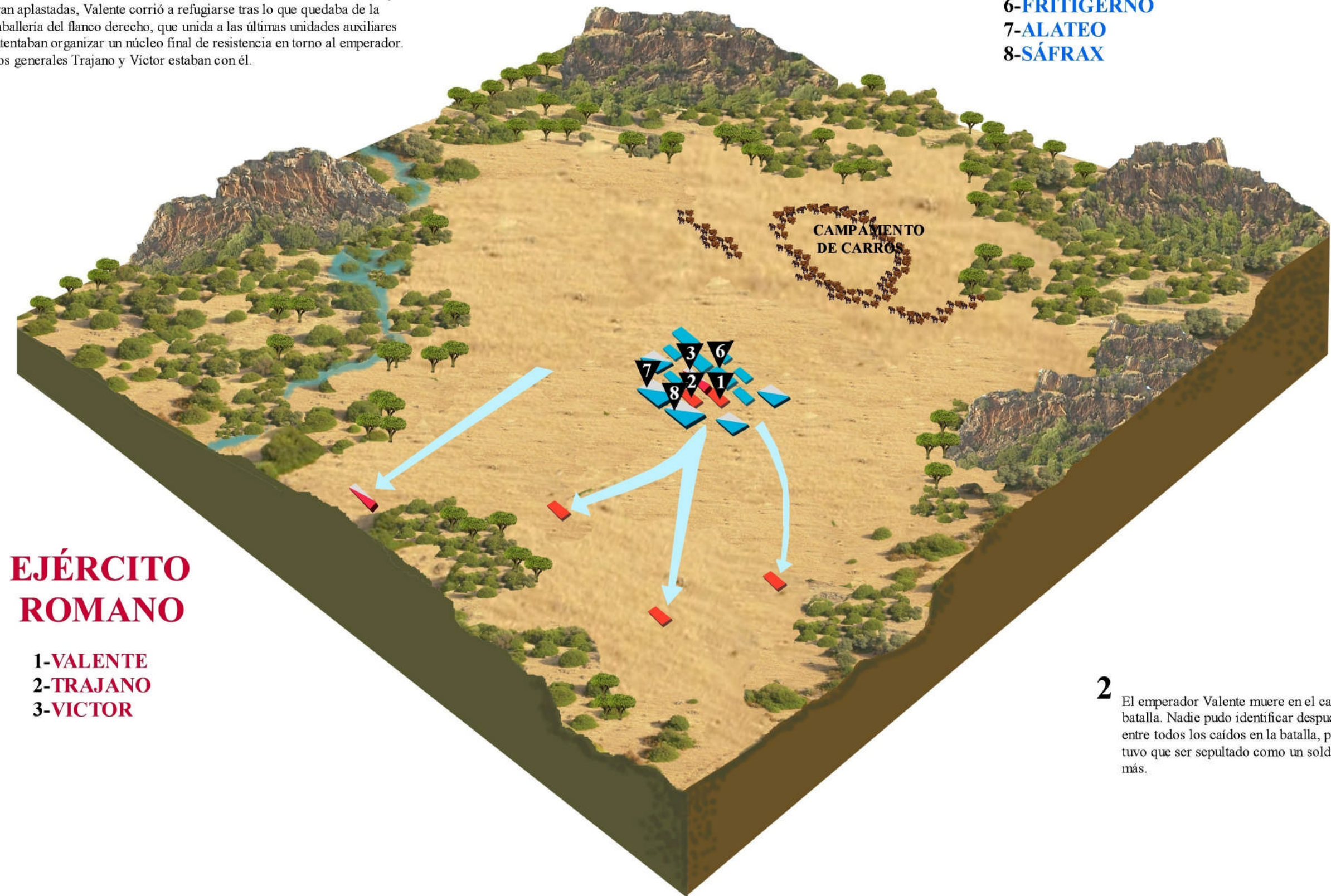
1 Entonces empezó una huida general de aquellas tropas romanas que podían, abandonando al resto a su suerte. Mientras las últimas unidades de Trajano eran aplastadas, Valente corrió a refugiarse tras lo que quedaba de la caballería del flanco derecho, que unida a las últimas unidades auxiliares intentaban organizar un núcleo final de resistencia en torno al emperador. Los generales Trajano y Víctor estaban con él.

EJÉRCITO VISIGODO

6-FRITIGERNO

7-ALATEO

8-SÁFRAX



EJÉRCITO ROMANO

1-VALENTE

2-TRAJANO

3-VICTOR

2 El emperador Valente muere en el campo de batalla. Nadie pudo identificar después su cuerpo entre todos los caídos en la batalla, por lo que tuvo que ser sepultado como un soldado anónimo más.

V Fase



Dadas las circunstancias, Victor huyó. También lo hicieron el conde de los Domésticos Richomeres y el general Saturnino. Por su parte, en la batalla cayeron Trajano magister de la infantería, el general Sebastiano, Valeriano tribuno de los establos y Equicio encargado del palacio (quien se negó como vimos a ir como rehén), junto con otros 35 tribunos, entre ellos Potencio, comandante de las unidades más veteranas (hijo de Ursicino) y dos tercios del ejército romano. El emperador quedó así entregado a su destino, para la última escena de la tragedia. La batalla, propiamente dicha, había finalizado, los últimos núcleos de resistencia fueron aniquilados y, se supone, lo mismo ocurrió con las tropas con las que todavía combatía Valente. De su muerte corren dos versiones, la primera que murió en el propio campo de batalla, víctima de un proyectil enemigo, muriendo entonces junto a simples soldados de a pie. La segunda, que pudo ser retirado del campo, ya herido, por su guardia y algunos de sus acompañantes encontrando refugio en una torre, edificación que fue luego incendiada por los saqueadores germanos (ignorantes de la presencia del emperador), al observar éstos que dentro de ella se parapetaban tropas romanas y que se negaban a entregarse. Del ejército romano no sobrevivió más allá de una tercera parte del ejército, siendo, para muchos, unas pérdidas irreparables en tanto en cuanto la flor y nata del ejército oriental había caído en la refriega, unos veteranos imposibles de reemplazar, y unas tropas auxiliares, de demostrada fidelidad, que probablemente tendrían que ser reemplazadas luego por otras más inconstantes y desleales.

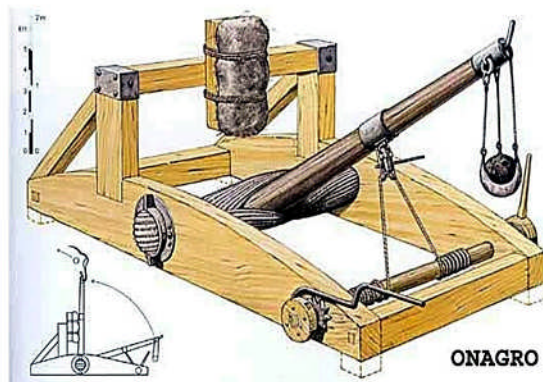
DESPUÉS DE ADRIANÓPOLIS

La matanza duró hasta el anochecer. Sólo la caída del sol puso fin a la caída del ejército romano. La salida de la luna permitió a los supervivientes abandonar el lugar del desastre en busca de un lugar seguro. Aquellos hombres en su aturdimiento no comprendían, aún, quizás, la magnitud de lo ocurrido. La existencia del imperio romano de Oriente se hallaba gravemente comprometida. Mientras la muerte del emperador, por una parte, planteaba la cuestión sobre la sucesión al dominio del mundo, la victoria de los bárbaros, por otra, dejaba a merced de estos invasores todas las provincias europeas, obligando a las miserables poblaciones a buscar refugio en las ciudades amuralladas. Además también quedaba muy expuesta la frontera oriental, pues Valente había empeñado en la batalla a muchas tropas orientales traídas desde Antioquía. Eso dio lugar a una alarmante situación militar en los frentes más importantes. La debacle había dejado muy débil militarmente al imperio y sus fronteras, con el consiguiente daño a su prestigio.

El cuerpo del emperador nunca fue encontrado. Sin duda los godos se dedicaron toda la noche a saquear los cadáveres sin mirar por su identidad. Se dedicaron a la concienzuda tarea de quitar a los caídos sus bienes, pues al fin y al cabo allá donde estaban ya no los necesitaban. Tiempo después cuando los campesinos pudieron acudir al lugar, alejado el miedo a los godos, sólo vieron huesos. De hecho, Amiano Marcelino escribe que años después aún se podían ver osamentas humanas por el lugar esparcidas.

El furioso ataque germano fue rechazado después de un sangriento combate, una anécdota del mismo es el contraataque lanzado por 300 auxiliares, quienes saliendo de sus empalizadas junto a la muralla, cargaron, en formación de cuña, contra las densas filas germanas. Este desesperado y sin duda heroico ataque terminó con la total aniquilación de los romanos. Rechazados en el primer embite, los germanos trataron de introducir en la ciudad a unos tráfugas en la idea de que, una vez dentro, podrían prender algún fuego en la población distrayendo así a la guarnición de la defensa.

De nuevo atacaron entonces los germanos, grandes masas de guerreros se lanzaron contra las puertas de la ciudad, en donde los defensores habían acumulado gran número de elementos defensivos (máquinas de guerra). También dispusieron los romanos el bloqueo de las mismas puertas depositando tras ellas grandes bloques de piedra, imposibilitando así su ruptura, y reforzando También con piedra, las defensas de las murallas.



ONAGRO

El sitio de Adrianópolis

Tras la batalla, el ejército germano marchó contra Adrianópolis consciente del gigantesco botín que allí se guardaba (recordemos que la impedimenta de todo ejército imperial). La ciudad, cuyas defensas habían sido recientemente reforzadas, se encontraba bien provista de defensores, además, muchas tropas, provenientes del campo de batalla, habían huido hasta aquí y, aunque no se les había permitido entrar en la población, se fortificaban junto a sus murallas dispuestas a plantar cara a sus atacantes (esta área había sido ya, previamente, fortificada por el ejército romano cuando días atrás acampo junto a la ciudad).

El fiero asalto germano chocó de nuevo con la pertinaz resistencia de los romanos, entre los cuales se contaban ya los propios habitantes de la ciudad, quienes luchaban codo con codo con los profesionales de la ahora reforzada guarnición. En un momento del choque, los romanos se apercibieron que los bárbaros utilizaban ahora en su contra parte de los proyectiles que estos les lanzaban, señal inequívoca de que se encontraban sin municiones. Se ordenó entonces romper las cuerdas con que se unía la cabeza de la flecha al cuerpo de madera del proyectil, esto permitía al mismo ser disparado sin problemas, pero las hacía irrecuperables, pues solo se clavaban una vez, rompiéndose acto seguido.

También se obro con éxito colocando un onagro justo a la altura en donde los germanos se encontraban mas apiñados, el disparo de una enorme piedra sobre aquel numeroso grupo de guerreros no fue letal, pues erró el blanco, pero si que produjo una fuerte impresión a los mismos sucediendo como sucedió, pues según se cuenta el proyectil salió repentinamente atravesando de una densa nube de humo, el susto fue manifiesto, los germanos perdieron momentáneamente la cohesión dando un valioso momento de respiro a los defensores. Reanudada la lucha, de nuevo los asaltantes sufrieron numerosas perdidas al verse rechazados todos sus asaltos. La propia densidad de sus filas, unida a la ferocidad con que los romanos se defendían, les hicieron sufrir innumerables bajas pues los proyectiles romanos encontraban siempre su objetivo ante el numero y el apiñamiento de los atacantes. Las escalas de los asaltantes eran derribadas una tras otra mientras desde lo alto de las murallas se les lanzaban todo tipo de objetos de peso, desde fragmentos de columnas o losas hasta los usuales proyectiles de toda clase. Finalmente el ataque fracaso, los asaltantes fueron perdiendo fuerza y, llegado un momento, abandonaron totalmente el asalto y se marcharon. Los habitantes de Adrianópolis y la guarnición no esperaron mucho, una vez que se confirmaron su retirada, abandonaron la ciudad y todos huyeron hacia emplazamientos menos expuestos o la propia Constantinopla. Por su parte, Fritigerno se dirigió con sus huestes a Constantinopla. No se sabe qué pretendían exactamente, pues era famosa la muralla de Constantinopla y no es inverosímil que los bárbaros conocieran su enormidad. Si habían fracasado ante Adrianópolis a nadie se le escapaba que tendrían más difícil expugnar los altos muros de Constantinopla.



Dibujo en perspectiva de Constantinopla

Ante esta situación tan crítica y apurada el Augusto Graciano nombró emperador de Oriente a Teodosio para que se hiciera cargo de la situación. Estaba claro que Graciano buscaba a un general del agrado del ejército, que tendría que ser reconstruido. Incluso algunas teorías recientes aventuran la posibilidad de que fuera un candidato impuesto por el propio ejército. Teodosio tenía a sus espaldas una reputación de buen soldado y recibió el nombramiento. El nuevo Augusto puso manos a la obra inmediatamente. Tres eran los problemas que tenía como emperador de oriente: el problema godo, que era suyo, pues se situaba en Tracia; el de la iglesia dividida por la política de Valente; y la reconstitución del ejército, duramente castigado por el desastre de Adrianópolis. El problema de las conciencias fue resuelto a golpe de edicto. Fue promulgado el edicto de Tesalónica, por el que se impuso el credo trinitario a todos los habitantes del imperio. La solución pues era clara: la conversión forzosa, por las buenas o por las malas. paganos y arrianos se encontraron con la nueva ley, quedándose con la boca abierta. La solución no era la adoptada por Valentiniano I, con tan buen resultado, esto es, tolerancia, disponiendo que cada cual adorara a su dios, sino que se rompe con esto y se impone un dios y un credo. Por el momento les habría podido resultar positivo, pero en verdad generó enconadas oposiciones y profundos recelos que enquistaron en varias provincias, que a la larga alentaron verdaderos movimientos nacionalistas (como los monofisitas en Egipto). La ruina del mañana se sembraba en el presente. No hay duda.

Otro problema era el psicológico. Este era difícil de corregir y de hecho no se pudo arreglar. Por vez primera la gente dudó de forma cierta sobre la eternidad de Roma. En voz baja, en rumores, se preguntaban los ciudadanos si Roma sería eterna tal y como hasta entonces habían pensado. Tácito en su día reflexionó sobre la eternidad del imperio viendo en su obra Germania a los pueblos germánicos más jóvenes y sanos, no encadenados por la servidumbre que en la Roma de los Césares ya se estaba experimentando. Al final Tácito apostaba por Roma porque esta era la civilización y no había alternativa posible. O Roma o el diluvio. Pero Amiano ya duda con fundamento sobre Roma. Escribe que vencerá mientras tenga hombres, pero eso es precisamente lo que le falta: soldados. De ahí el reclutamiento de bárbaros. Amiano Marcelino cree en Roma, pero en el horizonte se ven negros nubarrones y todos se dan cuenta de que se avecina algo nada bueno. La Roma de Tácito tenía capacidad de reacción. La de Amiano ya es una anciana que espera gozar de un descanso respetado por sus inquietos vecinos después de tantos siglos de andanzas. La cuestión radicaba en que los bárbaros respetaran sus años. Y había muchos que, dadas las circunstancias, empezaban a no hacerse ilusiones al respecto.



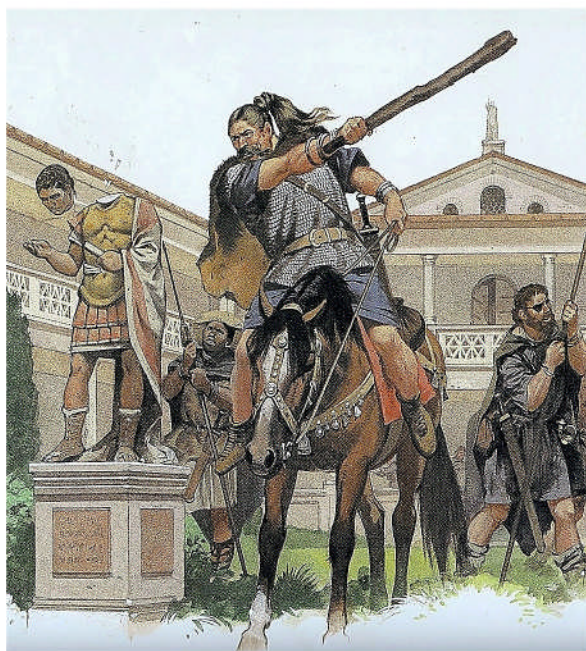
Teodosio I el Grande

El problema militar era el más acuciante. Se reunieron tropas de Egipto y Siria y se reclutaron multitud de bárbaros para tratar de aplacar la tormenta goda. Teodosio contemporizó, se menudearon las escaramuzas con resultado no concluyente, si bien en general a favor de los romanos, pero, ni él pudo expulsarlos, ni los bárbaros dar otro golpe semejante, de modo que, pasados cuatro años de lucha, firmaron la paz, por la que se asentaban en la Moesia II, a orillas del Danubio, con autonomía, a cambio de suministrar soldados. Esto produjo como efecto primero que parte de la frontera danubiana ya no estaba bajo control romano, lo cual era un indicio claro de desastres futuros; otro efecto fue la total y definitiva barbarización del ejército, que al final fue en desdoro del imperio mismo y de su supervivencia. En efecto, Teodosio prefirió reclutar bárbaros que reponer las filas con ciudadanos romanos. Ofrecía la ventaja inmediata de disponer de guerreros ya entrenados y de fuerte espíritu dispuestos a marchar a cualquier lugar en que su presencia fuera necesaria. Pero a cambio de ello se hipotecaba dramáticamente el futuro. Se quiso integrar a una masa ingente de bárbaros y lo que se consiguió fue que el imperio cambiara a peor. Los bárbaros se romanizaron menos que Roma se barbarizó. Llegó un momento en que los bárbaros eran imprescindibles para la defensa del imperio, de modo que, aunque se les hubiera podido expulsar, no habría sido inteligente, pues eran los que aportaban más reclutas.

Cada vez era más común ver generales godos, que competían en honores con generales francos y alamanes. Estaban cerca del emperador, llegaban a ser cónsules y las políticas de defensa contra los bárbaros pasaban por sus manos. Bárbaros a ambos lados de la frontera. Un paso más fue no sólo contratar bárbaros sino grupos o bandas enteras de ellos, con sus propios caudillos. Tenían esas bandas la suficiente fuerza como para exigir por las malas su pago. Soldadesca era que sólo albergaba lealtad al dinero de su soldada. Nada bueno auguraba eso. No pasó mucho tiempo antes de que los magnates (sobre todo en Occidente) siguieran el ejemplo del emperador y contrataran a sus propias tropas (bucelarios), verdaderos ejércitos privados comprados a golpe de oro y sólo leales a quien les llenaba el bolsillo. Las perniciosas consecuencias sobre la autoridad del gobierno central son evidentes a simple vista. Algunos, perspicaces, se dieron cuenta del peligro en que estaba el imperio y de la que se venía encima y alzaron la voz de alarma. Sinesio de Cirene, en su tratado *Del Reino*, dedicado al emperador de oriente Arcadio, no se mordía la lengua y echaba la culpa de la situación directamente a su padre, Teodosio. Le reprocha permitir la permanencia de los godos dentro del imperio cuando su obligación era expulsarlo. Esa era la idea, el objetivo que dominaba entre los emperadores romanos en otros tiempos, muy lejanos.

Recuperando el hilo principal del relato, se quedaron los godos por tanto dentro del imperio, como un cuerpo extraño, que a la postre supondría su ruina. Tenían sus costumbres, sus leyes, sus reyes, sus armas y su modo de vida. Eran tan ajenos a Roma como cualquier otra tribu bárbara. Cuando, más tarde, hubo problemas con otros pueblos bárbaros, el hecho de tener dentro a estos godos incontrolados quitó mucha potencia a los esfuerzos del imperio para defenderse. Había que mirar al exterior y a la vez tener un ojo puesto en el interior para ver qué hacían los revoltosos godos. Se dividió la atención y el esfuerzo en dos, con lo que la contundencia de la respuesta militar romana a otras tribus se redujo a la mitad. No hay que olvidar que Estilicón retiró las tropas romanas de Britania para defender Italia frente a Alarico y que también tuvo que debilitar las tropas del Rin por ello, con lo que el 31 de Diciembre del 406 vándalos, alanos y suevos entraron en la Galia sin hallar resistencia. La frontera establecida por Julio César cuatrocientos años antes era rota y por primera vez sin haber una reacción militar contundente. Se anunciaba el fin. Treinta y dos años después de Adrianópolis los godos, al mando de Alarico, saquearían Roma, y otros pueblos bárbaros, aprovechando la coyuntura favorable, se extendían por todo el occidente. Tal fue el efecto curioso del desastre de Adrianópolis: lo sufrió el ejército oriental, pero, al final, quien pagó las consecuencias fue la parte occidental, la más débil, la cual impotente se vio invadida, abrumada, descosida y repartida por los bárbaros.

Es cierto que en ocasiones los godos pelearon por el emperador, pero sólo si su provecho también estaba en juego (lógicamente por lo demás). Era sólo cuestión de tiempo que estos bárbaros se percataran de su fuerza, fueran conscientes de que la invencibilidad del imperio era agua pasada y de que sin Roma bien se podía vivir y quisieran por ende independizarse, formando su propio reino sin tutelas de ningún tipo, únicos dueños de su propio destino. Y no hubo que esperar mucho para verlo, puesto que como regla general, a los que tienen éxito el curso favorable de los hechos les provoca el deseo de más. En unos treinta años los reinos germánicos en occidente estaban asentados en sus líneas generales. Genserico proclamó la independencia de sus Vándalos en África, ejemplo seguido al poco por las demás tribus.



El limes desde Adrianópolis estaba roto. Todo ya era posible. Había comenzado la agonía de un imperio, cuyo certificado de defunción lo firmó un simple soldado de fortuna, el hérulo Odoacro, al deponer a Rómulo Augústulo, el último César de Roma.

CONSECUENCIAS

La primera y obvia consecuencia de la aplastante derrota del Imperio Romano de Oriente fue el trono vacante que Valente dejó en Constantinopla. Antes de que el caos se adueñase de Oriente, el emperador de Occidente y sobrino del difunto, Graciano, encargó su gobierno al general hispano Flavio Teodosio, que fue coronado en 379 y llegaría a ser conocido como Teodosio I el Grande. Teodosio adquirió el trono de Occidente años más tarde y fue el último hombre que gobernó el Imperio Romano en su totalidad, razón por la cual se le llama a menudo el último de los romanos. Teodosio dirigió personalmente una nueva campaña contra los godos que terminó al cabo de dos años, tras los cuales consiguió derrotarlos y negociar un pacto en 382 con su nuevo jefe, Atanarico, que volvía a restituirlos como foederati en Moesia. Fritigerno había muerto por causas naturales el año anterior.

Aunque el nuevo pacto supuestamente devolvía la situación al statu quo inicial, lo cierto es que ya nada volvería a ser igual para los godos ni para los romanos. Tras Adrianópolis, los visigodos fueron plenamente conscientes de su fuerza y continuaron extorsionando a los romanos cada vez que les parecía conveniente. El que llegó más lejos con esta política fue Alarico I, que incluso aspiró a ocupar algún cargo importante en el gobierno del Imperio de Oriente. Al no ver resueltas sus demandas, sometió a los Balcanes a una nueva política de saqueos, llegando a entrar en Atenas. Sólo cesó en su empeño cuando Rufino, el tutor ostrogodo del hijo de Teodosio, le reconoció como magister militum de la provincia de Iliria. Tal concesión fue en realidad una auténtica estafa, pues forzó a los visigodos a instalarse en unas tierras menos ricas y fértiles que las que dejaban atrás, y que encima eran disputadas por los Imperios de Oriente y Occidente. Las desavenencias de Alarico con sus nuevos vecinos occidentales (que no reconocían el gobierno de Oriente ni de Alarico sobre Iliria) conducirían en último término al saqueo de Roma en 410, el cual fue visto por los contemporáneos como el fin del mundo conocido.

La derrota de Adrianópolis tuvo también sus consecuencias en la forma romana de hacer la guerra. Tras la masacre romana, fue imposible recuperar el número de soldados y oficiales perdidos en la batalla y hubo que reestructurar el ejército, abandonando el clásico sistema de legiones. A partir de entonces (fue Teodosio quien exportó el nuevo modelo a Occidente), el ejército romano se dividió en pequeñas unidades de limitanei (guardias fronterizos, muchas veces bárbaros federados) dirigidas por un "duque" (dux) que gobernaba una zona fronteriza desde una fortaleza particular, más un ejército móvil (comitatenses) que se desplazaba de un lugar a otro según apareciesen los problemas. Este nuevo sistema de defensa sería el embrión del futuro sistema feudal vigente durante la Edad Media.

La batalla de Adrianópolis también demostró la eficacia de la caballería en la guerra, por lo que su número aumentó en los nuevos ejércitos en detrimento de la infantería. Las nuevas unidades de caballería solían estar formadas asimismo por mercenarios bárbaros, fundamentalmente hunos, sármatas o persas, que combatían con espada larga y lanza y fueron a su vez los precursores de los caballeros medievales.

Finalmente, el caos ocasionado por los godos en Adrianópolis fue aprovechado por los hunos para cruzar el Danubio e imitar la política de saqueos y extorsiones que tan buenos resultados había dado a los visigodos. Cuando Atila llegó al trono huno en 434, esta política era algo común para su pueblo, y fue él quien la llevó a su máxima expresión acelerando la caída del Imperio Romano de Occidente.

EL CAMPO DE BATALLA, HOY

Edirne

Edirne (también llamada por su antigua denominación, Adrianópolis) es una ciudad de tamaño medio situada al noroeste de la Turquía europea, no lejos de las fronteras con Grecia y Bulgaria. Edirne ha sido desde antiguo un estratégico y valioso cruce de caminos. Atraviesa la ciudad el río Tundzha, que confluye con el Meriç a poca distancia de Edirne. Cuenta con una población de 136.070 habitantes (2007). Situada en el centro geográfico de la fértil llanura costera de Tracia, su economía está basada en la producción de algodón, lino, seda, cuero, lana, esencia y agua de rosas, cera y tinte rojo. Además, es un importante mercado regional que abastece a muchas otras ciudades cercanas de fruta, vino y otros productos agrícolas.



Localización de Edirne en Turquía

Las raíces de Edirne son muy antiguas. Ya en la época clásica existía un asentamiento tracio bajo el nombre de Uskadama, que fue abandonado después de numerosas guerras con los griegos y romanos. En el año 125 dC, el emperador romano Adriano la reconstruyó dándole su propio nombre a la ciudad. Por su alto valor estratégico, las zonas cercanas a la ciudad de Adrianópolis han sido el escenario de nada menos que quince batallas a lo largo de la Historia, nueve de ellas después de su fundación. La más famosa de estas batallas es la del año 378. Durante la Edad Media fue escenario constante de combates entre el Imperio bizantino y los invasores eslavos, especialmente búlgaros. En 1205 los cruzados que habían invadido Bizancio fueron derrotados aquí por los búlgaros y, finalmente, en 1362, Adrianópolis cayó en poder de los turcos otomanos, que la convirtieron en su capital bajo el nombre de Edirne hasta 1453, fecha en que fue trasladada hasta la recién caída Constantinopla.



Vista de la ciudad de Edirne, antigua Adrianópolis

En 1575, el sultán Selim II encargó al arquitecto real otomano, Sinan, la construcción de una enorme mezquita en la ciudad. La Mezquita de Selim es hoy en día el símbolo y monumento más característico de la ciudad, famosa por poseer los minaretes más altos de toda Turquía, pues miden nada menos que 70,90 metros.

En la época de decadencia del Imperio Otomano, la ciudad fue ocupada en dos ocasiones por los rusos (1829 y 1878). Durante las Guerras Balcánicas, volvieron a sucederse violentos combates entre las fuerzas turcas y los ejércitos de Serbia, Grecia y Bulgaria, que buscaban el camino para atacar la capital otomana en Estambul. A pesar de la tenaz resistencia turca, los búlgaros consiguieron capturar la ciudad en 1912, aunque, al igual que las de los rusos, esta ocupación fue también efímera. Desde entonces, la ciudad ha permanecido tranquila. Cada mes de junio, dentro de la localidad se celebra un festival de lucha tradicional en aceite llamado Kırkpınar. Esta tradición es la cita deportiva más antigua aún en activo por detrás de los propios Juegos Olímpicos.



Mezquita Selimiye

CRONOLOGÍA

306-337 Constantino I ,emperador

313 El edicto de Milán legaliza el cristianismo

337-361 Reinado de Constancio

378 Derrota de Valente frente a los visigodos en la batalla de Andrinópolis

380 Con el edicto Tesalónica, el cristianismo pasa a ser la religión oficial del imperio

391 Prohibición de todos los cultos paganos

395 Teodosio I, el Grande, divide el imperio en Oriente y Occidente

475-476 Rómulo Augusto es destronado por los bárbaros; fin del imperio romano en Occidente.